



La vida en palabras

Historia de Ricardo Maglione

La vida en palabras: Historia de Ricardo Maglione

Es una edición de Particular Stories
www.particularstories.com

Copyright de Particular Stories una empresa de DISYTEL CONSULTING S.A - Año 2.025

Esta edición no puede ser reproducida sin autorización por ningún medio físico y/o digital bajo ninguna circunstancia. Todos los derechos reservados

Prefacio / Introducción

Ricardo fue como un santo que caminó por la tierra, ignorado. Nadie pensaba en él, pero era un ser íntegro, completo, sin envidia, sin maldad, sin falsedad. Honrado, con una mente equilibrada y purísimo. Era una persona humilde, no le interesaban mucho los premios o los logros personales. Se preocupaba más por la familia, porque sus hijos estuvieran bien, se capacitarán y se desarrollaran. Se emocionaba por ver crecer a la gente que quería, por verlos cumplir logros o por admirar una maravilla de la naturaleza

Por su gran corazón, todo el mundo lo quería y nunca nadie dijo algo malo de él. Era muy bondadoso, siempre estaba dispuesto a ayudar, incluso si eso significaba sacrificarse él mismo. Era un hombre muy afectuoso, pero un poco introvertido. No tenía muchos amigos, era muy casero y prefería pasar tiempo en familia. Era una persona sencilla, de campo, que no estaba acostumbrada a la vida de ciudad ni a relacionarse demasiado con la gente, pero su bondad y paz interior hacían que todos lo respetaran y quisieran.

Fue una persona sensible que trató de superarse a lo largo de la vida. Él existió con dos mundos coexistentes, uno externo donde se encontraba una persona simple, sencilla y tímida, y uno interno de mucha sensibilidad. Su forma de exteriorizarlo fue la poesía.

Las palabras anteriores, tomadas de sus seres queridos, empiezan a revelar esta íntima historia sobre Ricardo José Maglione. Cada testimonio refleja un fragmento de su esencia, una forma única de ser, vivir y recordar. Ricardo fue descrito como un hombre que vivió para la felicidad y el bienestar de los demás. En cada relato se percibe el cariño, la admiración y el amor hacia alguien que trascendió la timidez y la introversión. Para sus hijos, amigos y quienes lo evocan con ternura, Ricardo fue mucho más que un hombre común: fue un hinchazo glorioso, un médico, un vecino atento, un confidente

Capítulo 1

leal, un poeta sensible, un hijo, un esposo, un caballero sincero, un abuelo, un padre, un hermano y, sobre todo, una excelente persona que vivió sin rastro de maldad.

Su recuerdo se mantiene presente como hoy y siempre.

- HACIA DÓNDE -

Voy hacia
donde las manos
no alcanzan las horas,
allí
donde el corazón quieto
clama
por días anteriores
a la razón de sus secretos.
Quién soy
para cambiar las sombras
en paisajes,
yo navegante
de sueños desclavados,
poniendo
mi grito humano en la mirada
profundo de la chispa.
Absorto
quedo peinado en voces
con el lenguaje natural
de los sentidos.
Quién soy
para querer incendiarme
de lunas solitarias,
hacia dónde voy
envuelto
de palabras agitadas
madurando
la ansiedad de los jazmines.

Capítulo 1

Quién soy, adónde voy
libre o prisionero
y de pie sin embargo.



Capítulo 2 – Pampayasta, ese lugar feliz y la niñez

Si uno pudiera detenerse a contemplar los engranajes invisibles que mueven la infancia de los hombres, descubriría que muchos de ellos están anclados en un lugar, un rincón de la tierra que les fue otorgado en las primeras horas de sus vidas. En el caso de Ricardo José Maglione, ese rincón se llamaba Pampayasta, un pequeño paraje en la inmensidad rural de Córdoba, donde los horizontes parecían no tener fin y el viento cargaba consigo el aroma de los campos.

Nacido el 21 de mayo de 1923 en las cercanías de Oliva, Ricardo creció en una familia que combinaba las profundas raíces italianas con el espíritu de la vida rural. Sus padres, Antonio Miguel Maglione y Agustina Chiappero, fueron quienes sembraron en él las primeras semillas de una niñez marcada por la resiliencia y el amor por las cosas simples. Aunque Pampayasta no era su hogar permanente, cada verano ese rincón de Córdoba se convertía en un capítulo nuevo de libertad, exploración y descubrimiento.

Pampayasta no era simplemente un lugar en el mapa. Era un santuario donde la naturaleza parecía abrazar a quienes se aventuraban a caminar por sus senderos. Rodeado por el río Tercero y con Villa María como vecina, este paraje brindaba un respiro a las exigencias de la vida diaria. En ese espacio mágico, Ricardo descubrió un ritmo distinto, uno en el que las estaciones dictaban el curso del tiempo y donde las conexiones humanas se fortalecían con cada anécdota compartida.

Desde muy joven, Ricardo desarrolló un vínculo especial con Pampayasta. Allí encontró consuelo en la inmensidad del cielo y las conversaciones silenciosas de la tierra. Las risas de los primos, los juegos interminables y la calidez del hogar familiar hicieron de este lugar un refugio imborrable, un

rincón que, aunque efímero en tiempo, quedó grabado para siempre en su memoria. Pampayasta fue, para Ricardo, el lugar donde su corazón aprendió a latir al ritmo de la infancia.



Ricardo (adulto) en Pampayasta con su primo Atilio y familia, su hermana Nata y sus hijos

La Familia y el Entorno

En el corazón de la historia de Ricardo estaba su familia, un mosaico complejo de personalidades y afectos moldeado por las raíces italianas de sus padres. Antonio Miguel Maglione, nacido en Borgo d'Ale, Italia, y Agustina Chiappero, hija de italianos, aunque oriunda de Humberto Primo en Santa Fe, formaban un matrimonio que representaba la fusión de dos mundos: la dureza y firmeza del Piamonte con la calidez y ternura de las llanuras santafesinas. Juntos tuvieron nueve hijos, aunque solo cinco sobrevivieron a la infancia, una realidad que marcó profundamente a la familia.

Antonio Miguel no necesitaba palabras para imponer respeto; su sola presencia bastaba. En su mirada latía la certeza de quien ha aprendido que la

Capítulo 2

vida se conquista con voluntad y trabajo. Su incansable esfuerzo era el cimiento del hogar, la estructura silenciosa que mantenía todo en equilibrio.

Agustina, en cambio, era la luz discreta que daba calor a cada rincón. Su amor no precisaba grandes gestos: bastaba el roce de una caricia que disipaba los miedos o una sonrisa serena que infundía calma. Frágil en cuerpo, pero indomable en espíritu, su presencia dejaba huellas que el tiempo jamás lograría borrar.



Antonio Miguel Maglione



Agustina Chiappero

La relación de Ricardo con sus hermanos también fue un pilar de su infancia. Dominga, conocida como Minga; Ernesto, apodado Néstor; Florinda, llamada Flora; y Agustina, conocida como Ñata, completaban el núcleo familiar. Cada uno de ellos aportaba una dinámica única al hogar. Mientras Minga y Néstor compartían con Ricardo la dulzura heredada de su madre, Ñata destacaba por su carácter fuerte, una reminiscencia del temperamento de Antonio. A pesar de sus diferencias, los hermanos estaban unidos por un profundo sentido de solidaridad, ayudándose mutuamente en las adversidades.

Capítulo 2



Ricardo con sus hermanos cuando tenía 1 año

El hogar de los Maglione no solo estaba lleno de las voces de sus miembros directos, sino también de primos y tíos que completaban el entramado familiar. Entre ellos, Atilio, primo de Ricardo, se convirtió en su más fiel compañero de aventuras. Juntos exploraban cada rincón de Pampayasta durante los veranos, descubriendo secretos escondidos en los campos y formando un vínculo inquebrantable que trascendió los años.

La vida en Oliva y posteriormente en Monte Cristo, donde se encontraba el campo familiar, era un reflejo de la Argentina rural de aquellos tiempos. Las jornadas comenzaban al amanecer, marcadas por el trabajo en la tierra y la convivencia cercana entre los hermanos. Ernesto, o Néstor, como lo llamaban con cariño, mantenía con Ricardo una conexión especial que iba más allá de la hermandad. Ambos compartían un profundo amor por la tierra y por lo rural, un vínculo que se manifestaba en su dedicación al cuidado del campo y en la admiración mutua por los valores que esa vida representaba. Los días de trabajo en el campo y las noches de charlas bajo las estrellas tejieron una hermandad profunda que se convertiría en un ancla emocional para ambos.

A pesar de los desafíos económicos y las dificultades propias de una familia numerosa, los Maglione mantenían una unión que servía como refugio frente

a cualquier adversidad. Ricardo absorbió de este entorno no solo el amor por su familia, sino también una enseñanza vital: el valor de los vínculos humanos y la importancia de encontrar fuerza en ellos. Esta lección, aprendida en su niñez, lo acompañaría durante toda su vida.

Pampayasta como Refugio de la Infancia

Pampayasta no era simplemente un destino de verano; era el lugar donde Ricardo podía dejar atrás las tensiones de la vida cotidiana y sumergirse en la magia de la naturaleza. Situado entre Villa María y Oliva, este pequeño paraje parecía pertenecer a otro tiempo, uno en el que las preocupaciones se desvanecían con la brisa que acariciaba los campos y el murmullo del río Tercero que acompañaba cada atardecer.

Los veranos en Pampayasta comenzaban con un aire de aventura. Ricardo llegaba con los ojos llenos de entusiasmo, preparado para perderse en los días interminables de exploración. Era un lugar donde el tiempo parecía detenerse, permitiendo que los niños, sin prisas ni límites, crearan un mundo propio. Ricardo y su primo Atilio eran inseparables en estas travesuras estivales. Juntos cabalgaban por los caminos polvorientos, sintiendo la libertad en cada galope, y descubrían los secretos que la tierra parecía guardar solo para ellos. Aunque en la mayoría de sus visitas Ricardo se alojaba en la casa de su tío Miguel, donde pasaba largas jornadas con su primo Atilio, también en ocasiones se quedaba en la casa de su tío Marcelino, quien vivía en otro rincón de Pampayasta. Allí, aunque el entorno era distinto, encontraba el mismo calor familiar y la libertad que tanto amaba en el campo. Entre ambas casas, Ricardo iba tejiendo recuerdos imborrables de aquellos veranos que marcarían su infancia.

El campo de Pampayasta ofrecía más que paisajes idílicos; era una escuela sin paredes, donde Ricardo aprendió lecciones que ningún libro podía enseñar. Observar a los trabajadores rurales, con sus manos curtidas por el sol y sus miradas llenas de sabiduría, le enseñó a respetar el esfuerzo humano y a valorar la conexión con la tierra. Los días transcurrían entre juegos y tareas ligeras, como ayudar a recolectar frutos o alimentar a los animales, actividades que reforzaban su amor por la sencillez del campo.

Capítulo 2

La relación con Atilio, en particular, fue un pilar fundamental de esos veranos. Ambos compartían no solo juegos, sino también confidencias y sueños. En uno de esos días, mientras descansaban bajo la sombra de un algarrobo,

Ricardo le confesó su deseo de algún día estudiar algo que pudiera ayudar a las personas. Era una aspiración que, aunque apenas nacía en esos momentos, encontraría en Pampayasta el terreno fértil para crecer.

El río Tercero, con su curso tranquilo, se convertía en el escenario perfecto para las tardes de ocio. Ricardo y Atilio pasaban horas chapoteando en sus aguas, construyendo balsas improvisadas y soñando con viajar a lugares lejanos. Estos momentos no solo les regalaban risas y complicidad, sino también un sentido de pertenencia, una conexión con algo más grande que ellos mismos.

Pampayasta no era solo un lugar físico; era un refugio emocional donde Ricardo podía ser simplemente un niño. En sus campos infinitos y cielos despejados, encontraba la libertad para imaginar, explorar y aprender. Cada rincón de ese paraje quedó impregnado en su memoria, convirtiéndose en un mapa emocional al que siempre podía regresar. Pampayasta fue, sin duda, el escenario donde la infancia de Ricardo cobró vida con una intensidad que nunca se desvanecería.

- A PAMPAYASTA -

Estancia del tiempo azul
donde alguna vez
¡Niño viajero!,
apresé
el silencio de tus tardes
y el vuelo de las golondrinas
Allí donde
la brisa enhebra rondas
y amanecen
sublevadas primaveras.
En esa llanura incesante

Capítulo 2

un día
cabalgué heroico
tus huellas vegetales
y bebí la canción
de tu verde geografía
Hoy
vine a saludarte...
Tengo surcos en mi frente,
pero tu sigues inmutable,
inérita y renovada...
¡Rincón del ensueño
y los secretos!

Las Influencias Familiares

En el entramado de recuerdos que conformaban la niñez de Ricardo, las figuras familiares ocupaban un lugar central, modelando su carácter y su visión del mundo. Entre todas, su madre, Agustina Chiappero, se erigía como el ejemplo de bondad y sacrificio silencioso. A pesar de su salud frágil, Agustina era la columna vertebral emocional de la familia. Con gestos discretos, como preparar el pan casero o compartir un mate durante las tardes, transmitía un amor que no necesitaba palabras para ser entendido. Ricardo, profundamente unido a ella, encontraba consuelo en su presencia y aprendió de su ejemplo que el verdadero amor radica en los pequeños actos cotidianos.

El contraste entre Agustina y Antonio Miguel, el padre de Ricardo, era notable, pero no por ello menos enriquecedor. Antonio, un hombre de carácter firme y pocas palabras, representaba la fortaleza y la disciplina. Nacido en el Piamonte italiano, traía consigo la herencia de un pueblo acostumbrado a luchar contra las adversidades. En su rol de padre, Antonio inculcó a Ricardo y a sus hermanos valores que serían fundamentales en sus vidas: el respeto, la responsabilidad y la importancia de cumplir con los deberes. Aunque su dureza a veces podía ser intimidante, Ricardo sabía que detrás de esa fachada se escondía un profundo amor por su familia.

Capítulo 2

Entre las influencias que moldearon a Ricardo, los tíos desempeñaron un papel fundamental. Emilio, hermano de Agustina y médico de profesión, fue una figura inspiradora para él. En sus visitas a Pampayasta, Emilio compartía relatos de su trabajo y hablaba con pasión sobre el arte de curar, despertando en Ricardo una fascinación que sembraría la semilla de su futuro interés por la medicina. Emilio no solo le transmitió conocimientos, sino también la idea de que la dedicación y el esfuerzo podían transformar vidas, una lección que quedó grabada en el corazón de Ricardo.

Por otro lado, Miguel, otro de los tíos, representaba el espíritu del campo. Hombre sencillo y trabajador, su vida estaba profundamente conectada con la tierra. Ricardo, acompañado por su primo Atilio, observaba a Miguel con admiración mientras atendía a los animales o trabajaba bajo el sol inclemente. En él, Ricardo vio un ejemplo de humildad y lealtad, cualidades que valoraría enormemente en su vida adulta.

Asimismo, en Pampayasta, también estaba su tío Marcelino, otro hombre de campo, cuya vocación incansable por el trabajo era tan firme como su carácter afable. Con su amor por la vida sencilla, enseñó a Ricardo que el verdadero hogar no se define sólo por sus paredes, sino por el esfuerzo, el afecto y la generosidad con que se construye cada día.

Los vínculos familiares no se limitaban a los adultos. Atilio, el primo inseparable de Ricardo, fue su compañero en cada aventura durante los veranos en Pampayasta. Juntos compartían juegos, secretos y sueños que los unían más allá de los lazos de sangre. Atilio, con su espíritu inquieto y su capacidad para encontrar magia en lo cotidiano, complementaba la personalidad reflexiva y curiosa de Ricardo, creando una dupla que transformaba cualquier día común en una aventura inolvidable.

Las influencias familiares de Ricardo no solo le ofrecieron amor y apoyo, sino también ejemplos claros de diferentes formas de vivir y enfrentar la vida. Desde la dulzura de Agustina hasta la disciplina de Antonio, pasando por la sabiduría de Emilio, la humildad de Miguel y la entrega incansable de Marcelino, cada miembro de la familia dejó en él una marca indeleble.

Capítulo 2

Estas lecciones, aprendidas en los años más formativos de su vida, no solo lo acompañarían a lo largo de su camino, sino que también se convertirían en la brújula que lo guiaría en los momentos más difíciles.

- MADRE -

Tú eres
el tiempo y la ternura
Rincón de los pétalos
donde se abanican
las plegarias y los ensueños
Tú estás
en la esperanza y en las horas
de las manos más pequeñas,
que interrogan el sendero,
el que es buscado
y que ayudas a encontrarlo.
Tú maduras el lenguaje,
desandas las tristezas
y escribes en las almas
de los breves caminantes
tus mensajes de azucena.

Los Juegos y Pasatiempos de la Infancia

La infancia de Ricardo, marcada por los veranos en Pampayasta, fue un tiempo de descubrimientos y de juegos sencillos que dejaban una huella indeleble en su corazón. En un mundo donde las pantallas no existían y la imaginación era el único límite, los días se llenaban con actividades que, aunque simples, llevaban consigo la alegría pura de ser niño.

Entre los pasatiempos favoritos de Ricardo estaban los juegos tradicionales de la época, como el balero y las bolitas. Horas podía pasar concentrado en perfeccionar sus lanzamientos, disfrutando de la camaradería con sus primos y amigos, quienes compartían con él la emoción de cada pequeño triunfo. Las escondidas también formaban parte de sus días, con risas resonando por los campos mientras buscaban los rincones perfectos donde

desaparecer por unos minutos.

Sin embargo, su verdadera pasión era andar a caballo. Para Ricardo, montar no era solo un medio de transporte; era una forma de conectarse con la naturaleza y experimentar una libertad difícil de describir. Sentir el viento en su rostro mientras galopaba junto a su primo Atilio por los caminos polvorientos de Pampayasta le daba una sensación de plenitud que recordaría toda su vida. Cada cabalgata era una aventura en sí misma, un viaje hacia lo desconocido, donde el horizonte parecía no tener fin.

El entorno rural también ofrecía otras oportunidades para explorar. Ricardo disfrutaba ayudando en tareas ligeras del campo, como recolectar frutas o alimentar a los animales, actividades que combinaban el juego con la responsabilidad. Estas experiencias no solo le enseñaron el valor del trabajo, sino también la importancia de respetar y cuidar la tierra que les daba sustento.

En cada juego y pasatiempo, Ricardo encontraba una forma de expresar su creatividad y su energía. Los veranos en Pampayasta no eran solo una pausa en su rutina; eran un espacio donde podía ser libre, explorar sus intereses y fortalecer los lazos con quienes compartían su mundo. Estas actividades, aparentemente triviales, dejaron en él una herencia emocional que lo acompañaría durante toda su vida. La felicidad que encontraba en los juegos y en la conexión con los demás sería un pilar fundamental en su carácter, recordándole siempre el valor de las cosas simples y la importancia de disfrutar cada momento.

El Contexto Rural en los Años 1920

La Córdoba de los años 1920 ofrecía un contraste fascinante entre la vida rural y la urbana. En las cercanías de la ciudad, los campos se extendían como un océano de verde y marrón, interrumpidos sólo por pequeños caseríos y caminos de tierra que parecían perderse en el horizonte. Este era el escenario que Ricardo conoció durante sus veranos en Pampayasta, un lugar que representaba la esencia misma de la vida rural argentina, y

Capítulo 2

también en Monte Cristo a donde se instaló la familia posteriormente.

La economía de la región giraba en torno a la agricultura y la ganadería. Las chacras familiares eran el motor que impulsaba la subsistencia, con hombres y mujeres trabajando de sol a sol para asegurar la cosecha y el cuidado del ganado. La vida en el campo, aunque dura, ofrecía un ritmo pausado que permitía apreciar la conexión con la naturaleza y los ciclos de las estaciones.

En la vasta llanura cordobesa, donde el sol encendía los campos con un resplandor dorado y la brisa parecía murmurar plegarias olvidadas, la presencia de la Iglesia Católica se extendía más allá de sus torres de adobe y los campanarios que marcaban las horas. No era solo la institución que administraba los sacramentos y dictaba la moral de los pueblos, sino también la mano invisible que regulaba parte de la economía rural. A través de los censos, préstamos que se sellaban con promesas y fe, los pequeños propietarios accedían a un respiro financiero que, de no ser honrado, podía convertir la bendición en condena. La Iglesia, con su red de órdenes y fundaciones piadosas, acumulaba tierras y aseguraba su influencia en el destino de los hombres del campo. En los hogares, donde las oraciones se mezclaban con el olor a pan recién horneado y las velas ardían ante imágenes de santos, se esperaba que el próximo ciclo de cosechas trajera no solo alimento, sino también la redención de las deudas contraídas con la fe y con la tierra misma.

Las condiciones de vida en estas zonas rurales eran modestas, pero no por ello menos dignas. Las casas, construidas con ladrillos de adobe y techos de chapa o tejas, eran sencillas pero acogedoras, con patios amplios donde se reunía la familia al caer la tarde. En Pampayasta, Ricardo encontraba un hogar temporal que, con su calidez y su aire fresco, lo hacía sentir tan cercano como el de su propia casa en las afueras de Córdoba. Aunque el agua debía extraerse de pozos y la electricidad aún era un lujo, estas carencias no opacaban la vida de quienes habitaban el campo. Para Ricardo, más bien añadían un toque de autenticidad y aventura.

Capítulo 2

El transporte, aunque limitado, era un reflejo de la simplicidad de la época. Las carretas tiradas por caballos eran el medio más común para desplazarse, mientras que los trenes conectaban a las comunidades rurales con las ciudades más grandes, como Córdoba y Villa María. Para los habitantes de Pampayasta, estos trenes no solo eran una forma de viajar, sino también un símbolo de conexión con un mundo más amplio.

La comunidad rural tenía también una fuerte impronta cultural y religiosa. Las fiestas patronales eran eventos esperados durante todo el año, donde la devoción se mezclaba con el espíritu festivo. Procesiones, misas y bailes se sucedían mientras los vecinos se reunían para celebrar y reforzar los lazos comunitarios. Aunque Ricardo no vivía allí, participaba con entusiasmo en estas festividades durante sus estancias, absorbiendo un sentido de pertenencia que sería fundamental en su identidad.

A pesar de las diferencias entre la ciudad y el campo, la educación no era ajena a esta realidad. En Córdoba, Ricardo asistía a una escuela de la ciudad, lejos de las aulas rurales más rudimentarias. Mientras que en la ciudad los recursos eran más amplios, las escuelas rurales solían ser espacios pequeños, muchas veces multigrado, donde un único maestro atendía a niños de distintas edades. Aunque no formaba parte de esta dinámica, Ricardo valoraba enormemente el esfuerzo de quienes vivían en el campo por acceder al conocimiento, y estas experiencias le inculcaron un profundo respeto por la educación y el sacrificio.

El contexto rural de los años 1920, con su sencillez y sus desafíos, ofreció a Ricardo una perspectiva única sobre la vida. Desde la laboriosidad de las familias campesinas hasta la belleza de los paisajes que se extendían más allá del horizonte, cada detalle se convirtió en un componente esencial de sus recuerdos. Este entorno, aunque lejano a su día a día en la ciudad, dejó en Ricardo una profunda admiración por la fortaleza de quienes vivían del campo y por la riqueza de una vida en contacto con la tierra.

Las Tradiciones y Valores Familiares

En el núcleo de la vida de Ricardo estaba un legado intangible pero poderoso: las tradiciones y valores que su familia, de raíces italianas, le transmitió desde la infancia. Estas enseñanzas, muchas veces implícitas en los gestos cotidianos, moldearon su carácter y le brindaron una brújula moral que lo guiaría a lo largo de su vida.

El respeto era uno de los pilares fundamentales en el hogar de los Maglione. Antonio Miguel, el padre de Ricardo, encarnaba la autoridad y el orden. Su presencia, aunque a veces severa, era sinónimo de estabilidad. En su casa, la palabra de Antonio era ley, pero no se imponía a través del miedo, sino del ejemplo. Ricardo y sus hermanos aprendieron a admirar el esfuerzo incansable de su padre en el campo, su dedicación para proveer lo necesario y su inquebrantable ética de trabajo. Para Antonio, el respeto no solo se exigía; se ganaba.

Por otro lado, Agustina Chiappero, la madre de Ricardo, enseñaba con ternura lo que significaba el sacrificio y el amor incondicional. Con una salud delicada, Agustina encontraba la fuerza para cuidar de su familia y mantener el hogar funcionando como un reloj. Su forma de amar era silenciosa pero constante, manifestada en detalles como coser prendas para sus hijos o preparar las comidas con dedicación. Ricardo absorbió de ella una lección clave: que el verdadero poder del amor está en los actos pequeños, los que a menudo pasan desapercibidos, pero construyen la base de una vida en armonía.

En el seno familiar, además, se conservaba el hablar en piamontés, un reflejo vivo de las raíces italianas que unían a Antonio y Agustina. El idioma no solo era un medio de comunicación, sino también un vínculo con las historias y tradiciones de sus antepasados. Para Ricardo y sus hermanos, las palabras en piamontés resonaban como un eco del pasado, una forma de mantener viva la identidad de la familia en tierras argentinas. Aunque el español era el idioma cotidiano, las expresiones en piamontés encontraban su espacio en las reuniones familiares y los momentos más íntimos,

Capítulo 2

llenando el hogar de un sentido de pertenencia único.

La religión también desempeñó un papel central en la formación de Ricardo. En el hogar Maglione, la fe no era simplemente una serie de rituales, sino un reflejo de las raíces profundas de la familia y de su comunidad. Las misas dominicales eran una tradición ineludible, un momento para reflexionar y agradecer. De niño, Ricardo soñó con ser sacerdote, inspirado por la solemnidad de los servicios religiosos y la figura cercana del sacerdote local. Aunque eventualmente ese camino no fue el suyo, su tiempo como monaguillo dejó una huella duradera en su forma de comprender la compasión y la humildad.

Las tradiciones familiares también se expresaban en el día a día a través de costumbres sencillas pero significativas. Los domingos eran días especiales, marcados por las reuniones alrededor de la mesa, donde el aroma de las pastas caseras llenaba el ambiente. Estas comidas no eran solo un acto de nutrición, sino una celebración de la unidad familiar. En estos momentos, Ricardo aprendió que compartir el pan con los seres queridos era tanto un acto de amor como una forma de preservar las raíces.

Los valores inculcados en Ricardo trascendían las paredes del hogar. La solidaridad era otra de las lecciones que su familia le transmitió, no con discursos, sino con acciones. En Pampayasta y en la comunidad de Oliva, como también en Monte Cristo donde la familia se asentó, la ayuda mutua era una necesidad. Cuando llegaba el tiempo de cosecha o algún vecino enfrentaba dificultades, las familias se unían para apoyarse, dejando claro que en tiempos de adversidad, la unión era la verdadera fortaleza. Este espíritu solidario quedó profundamente grabado en Ricardo y sería un pilar fundamental en su forma de relacionarse con los demás.

Estos valores y tradiciones, arraigados en la familia Maglione, no solo definieron la infancia de Ricardo, sino que también fueron el cimiento sobre el cual construiría su vida adulta. El respeto, el amor por la familia, la fe y la solidaridad se convirtieron en los principios que guiarían cada una de sus decisiones, recordándole siempre de dónde venía y hacia dónde quería ir.

Capítulo 2

En cada paso de su camino, los ecos de estas enseñanzas resonarían como un faro que lo conectaba con sus raíces, con esa infancia que, aunque lejana en el tiempo, seguía viva en su corazón.



Ricardo con su hermano Ernesto

Ecós de su huella

Pampayasta no era solo un lugar en el mapa; era el refugio donde Ricardo José Maglione encontró la esencia de su infancia y los cimientos de su identidad. En ese rincón de Córdoba, los días parecían más largos y las preocupaciones más livianas, mientras la naturaleza, con sus campos abiertos y el río Tercero como testigo silencioso, ofrecía un escenario perfecto para la exploración y el aprendizaje. Fue allí, entre risas y cabalgatas, donde Ricardo descubrió la libertad de ser niño.

Los recuerdos de Pampayasta no eran simples imágenes estáticas en la mente de Ricardo; eran fragmentos vivos que se entrelazaban con las enseñanzas de su familia, las tradiciones italianas y las experiencias que definieron sus primeros años. Los juegos con su primo Atilio, las

Capítulo 2

lecciones implícitas del campo y la calidez de las reuniones familiares no solo llenaron su niñez de momentos felices, sino que también formaron el carácter de un hombre que, con el tiempo, supo valorar la importancia de las raíces y el esfuerzo.

Los valores que absorbió en su infancia—el respeto, la solidaridad y el amor por la familia—se convirtieron en pilares fundamentales de su vida. Cada verano en Pampayasta era una lección sobre cómo enfrentar la vida con humildad y gratitud, recordándole que incluso en la sencillez podía encontrarse la verdadera riqueza. Este rincón, que tanto le dio, se transformó en un símbolo de lo que era esencial para Ricardo: la conexión con la naturaleza, la importancia de la comunidad y el calor de los lazos familiares.

En su adultez, cuando las responsabilidades y los desafíos se hicieron más presentes, Pampayasta seguía vivo en la memoria de Ricardo como un faro que iluminaba los días grises. Era el lugar al que siempre podía regresar en sus pensamientos, un refugio que le recordaba lo que realmente importaba. Esa tierra, con sus horizontes amplios y su aire puro, le había dado las herramientas para enfrentar el mundo con optimismo y resiliencia.

Así, Pampayasta dejó de ser solo el escenario de su infancia para convertirse en parte esencial de su legado. En cada decisión que tomó, en cada relación que cultivó y en cada momento de reflexión, estaba presente ese rincón de Córdoba que lo moldeó. Para Ricardo, Pampayasta no era simplemente un lugar; era el compendio de todo lo que lo hacía y quien era: un hombre íntegro, agradecido y profundamente conectado con sus raíces.

Capítulo 3: La vida cambia

La vida de Ricardo, como la de tantos otros niños de su tiempo, estuvo marcada por la migración y la adaptación. Originaria de la zona de Oliva, en Córdoba, su familia se enfrentó a un revés económico que cambiaría para siempre su destino. La cooperativa local, de la cual su padre era miembro, adquirió una deuda con la iglesia, y ante la imposibilidad de saldarla, el campo familiar fue rematado. Como tantas otras familias campesinas de la época, los Maglione vieron su tierra cambiar de manos y debieron reinventarse en un nuevo entorno. Así, dejaron atrás los horizontes amplios de Oliva para instalarse en Córdoba capital, primero en Alta Córdoba y luego en un modesto terreno en Monte Cristo, en las afueras de la ciudad.

Monte Cristo representó un contraste con la vida rural que conocían. Aunque no estaban lejos de Córdoba, el terreno pequeño y humilde reflejaba las limitaciones económicas que enfrentaban. En este contexto, Ricardo comenzó a forjar una relación más estrecha con su madre, Agustina, quien siempre encontraba momentos para compartir con él a pesar de las tareas diarias en el hogar. Ella, con una salud delicada, se convirtió en el centro emocional de la familia. Ricardo solía ayudarla a peinarse y la acompañaba en sus tareas, un gesto pequeño que encapsulaba su profundo apego hacia ella. Pasaban largas tardes en la cocina, donde Agustina, con su paciencia y dedicación, le enseñaba a amasar pan o a preparar los alimentos básicos de la familia. Este tiempo compartido le enseñó, además, a apreciar los detalles de las cosas simples, un valor que Agustina cultivaba en él con pequeños gestos y palabras amables.

A Ricardo le gustaba también acompañar a su madre en las tareas de recolección de hierbas y flores silvestres, una práctica que Agustina realizaba tanto para la cocina como para la elaboración de infusiones que aliviaban los males comunes. Ella le enseñó los nombres de las plantas y sus propiedades curativas, transmitiéndole así un conocimiento ancestral. que

Ricardo absorbía con fascinación. Estos paseos eran más que una lección práctica; se trataba de una oportunidad para conversar y escuchar las historias que Agustina compartía, historias que hablaban de su propia juventud en el campo, una vida marcada por la simplicidad y el trabajo en armonía con la naturaleza.

La transición no fue fácil, pero Ricardo encontró refugio en las pequeñas alegrías de la vida. Desde muy joven, mostró un interés especial por los juegos simples que le conectaban con otros niños: las bolitas, el balero, y más adelante, las tardes dedicadas a ayudar en las tareas domésticas. Las horas compartidas entre juegos y tareas también fortalecieron su vínculo con los demás, haciendo de cada pequeño logro una fuente de satisfacción personal y familiar.

La pérdida de su tierra y el traslado no solo modificaron la vida diaria de Ricardo, sino también sus perspectivas. Aunque niño, entendía la importancia de mantenerse unido a su familia y de enfrentar las adversidades con dignidad. Con el paso del tiempo, al quedarse sólo el núcleo básico familiar, la conexión entre Ricardo y sus hermanos se intensificó. Los momentos compartidos con ellos, desde las comidas juntos hasta las reuniones dominicales en las que se contaban anécdotas, reforzaron una relación que se mantuvo cercana y afectuosa a lo largo de toda su vida. Monte Cristo, con su sencillez, se convirtió en el lugar donde Ricardo empezó a apreciar el valor del esfuerzo colectivo familiar, una lección que llevaría consigo toda la vida.

Ricardo el estudiante

La llegada a Córdoba trajo consigo nuevas experiencias, entre ellas, la oportunidad de asistir al colegio Corazón de María. Este colegio religioso, ubicado a pocas cuadras de su casa, ofrecía una educación estructurada que contrastaba con el ambiente rural que Ricardo había conocido. A diferencia de las escuelas laicas, el Corazón de María se distinguía por su enfoque en la moral y la fe, inculcando a los estudiantes una fuerte devoción religiosa que se integraba en cada lección. La jornada escolar no solo incluía las materias académicas básicas, sino también momentos de oración y reflexión,

Capítulo 3

donde se esperaba que los estudiantes comprendieran la importancia de los valores espirituales en su vida cotidiana.

El colegio tenía una atmósfera muy particular, marcada por la disciplina y el enfoque religioso. Las paredes blancas, los largos pasillos adornados con imágenes de santos, y el eco de los rezos matutinos componían el paisaje cotidiano de su educación. Este entorno, aunque severo, también le brindaba a Ricardo un espacio donde podía crecer y aprender sin sentirse fuera de lugar. A pesar de esto, Ricardo encontraba ciertos momentos de alegría en los libros que leía. En el Corazón de María tuvo su primer acercamiento al mundo de las letras, y fue en este contexto donde comenzó a desarrollar un interés particular por la lectura y la escritura.

Aunque no era un estudiante destacado, Ricardo cumplía con sus responsabilidades. Prefería mantenerse en un perfil bajo, completando sus tareas sin sobresalir especialmente en ninguna materia. Sin embargo, los libros, aunque limitados por los recursos de la época y orientados principalmente hacia la formación espiritual y el estudio de la Biblia, se convirtieron en un pasatiempo que lo transportaba a otros mundos y lo alejaba, aunque fuera momentáneamente, de las preocupaciones familiares. La lectura, para él, representaba una ventana hacia nuevas realidades, y esta afición creció con los años, formando un pilar fundamental en su vida adulta.

Cuando terminaban las clases, Ricardo aprovechaba los días para disfrutar de actividades más cercanas a su corazón. En sus vacaciones, regresaba al campo en Pampayasta, donde pasaba largas jornadas con su primo Atilio. Allí, lejos de las reglas del colegio, podía dedicarse a montar a caballo, jugar al fútbol y participar en tareas rurales que le recordaban los días felices antes del remate del campo.

Sin embargo, la rutina escolar no era suficiente para borrar las sombras que la situación familiar arrojaba sobre él. La educación en el Corazón de María le brindó herramientas importantes, pero también le mostró las limitaciones de un sistema que no siempre podía adaptarse a las realidades económicas de sus estudiantes. Aunque Ricardo hacía lo posible por mantenerse al día

con sus estudios, sabía que su futuro no dependía solo de los libros, sino también de la capacidad de su familia para superar las dificultades que enfrentaban.

La muerte del padre

La vida de Ricardo dio un giro brusco con la muerte en un accidente de su padre, Antonio. Antonio, quien había sido una figura de autoridad y ejemplo en el hogar, dejó un vacío que la familia sintió de manera profunda. La presencia de su padre había sido un ancla para Ricardo, un referente de fortaleza y estabilidad, y su partida representó la pérdida de esa protección que él y sus hermanos siempre habían dado por sentada. La figura firme y silenciosa de Antonio había moldeado la vida de Ricardo desde su infancia, enseñándole valores que permanecerían en él incluso después de su ausencia.

Antonio era un hombre trabajador y respetado en la comunidad, alguien que había forjado su vida con esfuerzo y dedicación, y su partida dejó una marca en cada miembro de la familia. En esos días de duelo, Ricardo comenzó a comprender la fragilidad de la vida y la importancia de aferrarse a los valores que su padre les había inculcado. La partida de Antonio no solo dejó a la familia con el dolor de la pérdida, sino que también los enfrentó a un nuevo desafío: la necesidad de reestructurar sus vidas y adaptarse a una realidad sin el soporte de quien había sido el pilar de su hogar.

La muerte de Antonio no solo trajo dolor, sino también una serie de cambios en la dinámica familiar. Con él se iban la seguridad y el respaldo económico, lo que obligó a cada miembro de la familia a asumir nuevas responsabilidades. Ricardo, aun siendo joven, sintió el peso de la pérdida y comprendió que debía fortalecerse para enfrentar el nuevo panorama que se avecinaba. La partida de su padre marcó el fin de una etapa y el inicio de otra, en la cual la familia debería apoyarse mutuamente para salir adelante.

Este episodio de su vida le enseñó a Ricardo la importancia de la resiliencia y la fortaleza, lecciones que en un principio resultaron dolorosas, pero que se

Capítulo 3

convertirían en parte fundamental de su carácter. La pérdida de su padre fue un punto de inflexión que lo preparó para los desafíos futuros, y aunque el vacío dejado por Antonio era imposible de llenar, su recuerdo y sus enseñanzas permanecieron como un legado imborrable en la vida de Ricardo y en la de todos aquellos que lo conocieron.

- MUERTE DE UN NIÑO -

El viento
empujó un ensueño
y él corrió
para alcanzarlo
(En una cajita acartonada
iba a encerrar su fantasía) ///
/// La rueda inesperada
abrió el silencio
y en el asombro
se clavó la angustia.
En el espacio gris
solo una cajita,
el asombro
y el viento
que se llevó el ensueño.



Funeral de Antonio Maglione

La nueva situación. El comienzo del trabajo

Tras la muerte de su padre, la situación económica de la familia se tornó complicada, la familia Maglione se reorganizó en torno al trabajo. Agustina mantenía el hogar con una determinación inquebrantable, mientras que los hijos asumían diferentes labores para colaborar en el sustento familiar. Para Ricardo, esto significó dejar el colegio Corazón de María, donde había recibido una educación que combinaba la disciplina y los valores religiosos. Aunque le ofrecieron la posibilidad de ingresar como cura, una opción que le garantizaba una estabilidad futura y una continuación en sus estudios, Ricardo decidió desestimar esta propuesta. Su responsabilidad hacia su familia y el deseo de contribuir a la economía del hogar pesaron más que cualquier aspiración personal.

Entre las primeras experiencias laborales de Ricardo, su tiempo en una estación de radio fue particularmente significativo. Aunque comenzó con tareas simples, como organizar discos y mantener el espacio ordenado, poco a poco fue ganando confianza y responsabilidades. La radio en los años

Capítulo 3

1930 era mucho más que entretenimiento; era un medio vital para conectar a las personas con noticias y cultura. En sus primeras semanas, Ricardo observaba a los locutores con admiración, fascinado por la forma en que sus voces llegaban a tantos hogares. Pronto, le permitieron leer pequeños anuncios o participar en segmentos breves. Estas intervenciones, aunque humildes, lo llenaban de orgullo y le enseñaban habilidades que más tarde definirían su carácter: la claridad al comunicar y la capacidad de conectar con otros.

El trabajo no siempre era sencillo, y las opciones para un joven sin estudios avanzados eran limitadas. Ricardo también asumía otras tareas más físicas para contribuir al hogar. Ayudaba en tiendas locales, aprendía oficios básicos de reparación y, en ocasiones, colaboraba con sus hermanos mayores en sus propios empleos. Aunque las tareas eran simples y en muchos casos repetitivas, Ricardo las ejecutaba con diligencia, recordando los principios de esfuerzo y dedicación que sus padres le habían inculcado. Cada jornada era una lección de esfuerzo y perseverancia, una demostración del espíritu resiliente de los Maglione. A pesar de las dificultades, había una sensación de propósito compartido en su hogar, donde cada pequeño logro se celebraba como un triunfo colectivo.

Con su carácter introspectivo, Ricardo asumió esta nueva etapa con una mezcla de determinación y humildad. Su madre, Agustina, siempre le recordaba la importancia del esfuerzo honesto, y su experiencia en la radio le dio un atisbo de lo que significaba tener un impacto más allá de las fronteras del trabajo manual. Aunque los trabajos que encontraba no siempre le permitían explotar sus intereses, él los veía como oportunidades para aprender, crecer y, sobre todo, ser útil para su familia. Gracias a la intervención de su tío Emilio, Ricardo obtuvo su primer empleo formal en el Hospital Misericordia, donde comenzó desempeñándose en la morgue.

Aunque al principio este entorno le resultó desafiante, pronto se transformó en una experiencia profundamente formativa. Durante su carrera en el Hospital Misericordia, que se extendió hasta su jubilación, Ricardo desarrolló una actitud de profundo respeto y templanza hacia la fragilidad de la vida,

Capítulo 3

cualidades que se convertirían en pilares fundamentales de su crecimiento personal y profesional.

El ambiente laboral también le permitió a Ricardo ampliar su visión del mundo y relacionarse con personas de diferentes orígenes y personalidades. Aunque su timidez le dificultaba en ocasiones interactuar, Ricardo aprendió a escuchar y a observar, entendiendo que cada cliente, cada colega y cada persona que conocía le aportaba algo nuevo. El trabajo lo llevó a ver la vida con una perspectiva más amplia y le mostró que cada individuo, sin importar su ocupación, enfrenta sus propias luchas, algo que lo ayudó a fortalecer su sentido de empatía y respeto por los demás.

Esta experiencia laboral fue para Ricardo un paso crucial en su transición hacia la adultez, una etapa en la que comprendió que las dificultades pueden ser el motor para el crecimiento personal y la construcción de un carácter sólido. A pesar de los sacrificios y los momentos de incertidumbre, este nuevo rol en la familia y en la sociedad le dio las herramientas para afrontar la vida con resiliencia, manteniendo siempre en su corazón los valores y enseñanzas que había recibido en su hogar.

- ANSIEDAD -

En el interior de la bruma
muere la sed
de cabezas.
Ya no corre
el sauce
por la ruta azul
ni entona
su cadena de pétalos
la serpiente nueva.
(Y el corazón
que sigue en el concierto
del humo desplegado).
A lo lejos
una boca labradora

Capítulo 3

se balancea en la cruz
del tiempo, ///
mientras un rumor de pájaros
abriendo un pozo
deja correr el viento
por la sangre campesina,
como si el paisaje
no tuviera llanto
y la idea muriera
clavada por la noche.

Capítulo 4: Servicio Militar y Vuelta al Colegio

La vida tiene formas impredecibles de endurecer a las personas, y para Ricardo José Maglione, ese proceso comenzó temprano. Su salud, siempre delicada, enfrentó una prueba definitiva durante los años de la crisis económica de las décadas de 1930 y 1940. La familia Maglione, después de migraciones internas y esfuerzos interminables, se asentó en los alrededores de Córdoba. Allí, los días estaban marcados por las dificultades económicas, pero también por la fuerza inquebrantable que los mantenía unidos.

En esa época, Argentina transitaba uno de sus periodos más desafiantes. La crisis global había hecho eco en cada rincón del país, y las familias como la de Ricardo aprendían a sobrevivir con menos. El dinero era escaso, y las oportunidades, aún más. En este contexto, la familia Maglione encontró maneras de mantenerse a flote, luchando contra las adversidades con un espíritu colectivo que caracterizó cada paso de su historia.

Ricardo, aunque joven, no fue ajeno a estas dificultades. Desde su niñez, había aprendido el valor del sacrificio y la resiliencia. Estas lecciones se arraigaron profundamente cuando, en su juventud, enfrentó no solo los desafíos económicos, sino también un golpe personal: el deterioro de su salud debido a las duras pruebas físicas del servicio militar. La historia de esos años es un testimonio de la fortaleza y la determinación que lo definieron para siempre.

Ricardo en el Servicio Militar

El servicio militar era una etapa ineludible para los jóvenes de la época. Obligatorio y riguroso, se consideraba una especie de rito de paso hacia la adultez, donde la disciplina y la obediencia se forjaban con ejercicios

Capítulo 4

extenuantes y órdenes incuestionables. En los años 1930 y 1940, los días en el cuartel eran una mezcla de camaradería, trabajo físico intenso y una constante confrontación con los propios límites.

Para Ricardo, sin embargo, esta experiencia fue más que un desafío. Fue un momento que marcaría su vida de manera irreversible. En pleno invierno, uno de los ejercicios requería que los reclutas se sumergieran en las heladas aguas de un río cercano. Ricardo, cuyo cuerpo ya era vulnerable, sufrió las consecuencias de esta dura prueba. El frío implacable y el agotamiento lo llevaron a desarrollar una pulmonía severa que lo postró durante semanas. A pesar de los esfuerzos médicos de la época, perdió un pulmón, un golpe devastador para un joven que apenas comenzaba a explorar el mundo.

La pérdida de un pulmón no solo limitó su capacidad física, sino que también marcó un cambio en su perspectiva de la vida. A partir de entonces, las actividades físicas intensas quedaron fuera de su alcance, y su cuerpo, ahora dependiente de un único pulmón, tuvo que adaptarse a las exigencias diarias. Las complicaciones respiratorias y el asma lo acompañaron como sombras persistentes, recordándole siempre aquel invierno fatídico.

El tratamiento médico de la época era rudimentario en comparación con los estándares actuales. Las largas hospitalizaciones y las medicinas limitadas reflejaban los desafíos de una era en la que la ciencia todavía buscaba respuestas. Para Ricardo, la recuperación fue tanto física como emocional. Aprendió a vivir con las secuelas de su condición, desarrollando una paciencia y una fuerza interna que lo distinguirían en los años venideros.

Sin embargo, las pruebas del servicio militar no solo le trajeron desafíos. También le enseñaron valiosas lecciones sobre disciplina y determinación. Aunque su experiencia fue amarga, Ricardo encontró formas de convertir su dolor en motivación. Decidido a no dejar que su condición lo definiera, enfrentó cada día con una determinación renovada. Este espíritu resiliente sería un pilar fundamental en las etapas posteriores de su vida, cuando enfrentara nuevos retos con el mismo coraje y la misma firmeza.

Capítulo 4

- VENDRÉ -

Vendré
profundo de razas
a golpear pupilas.
Aquí estoy
con mi delirio alto
y mi palabra abierta.
Como un olvido
caminaré
libre de barcos
tras los mares silenciosos
Vendré
a buscar las tardes,
abrigaré las horas
y seré una herida
que naufraga
o un grito demencial
que se arrodilla.
Vendré
a derramar idiomas,
a surcar las nieves
o a beber los ritmos
de la aurora.
Y vendré
por fin y me quedaré
para vivir toda
la quietud de los misterios.



Ricardo en su juventud

Ricardo completando el secundario. El Colegio Nocturno

La vida de Ricardo fue un constante ejercicio de superación. Tras las secuelas del servicio militar, que lo dejaron con un solo pulmón, su voluntad inquebrantable lo llevó a retomar un camino que para muchos habría sido impensable: completar el secundario. En una época en la que las responsabilidades familiares y laborales solían relegar la educación a un segundo plano, Ricardo decidió enfrentarse al desafío, inscribiéndose en un colegio nocturno.

El Colegio Alberdi, ubicado en Córdoba, era uno de los pocos espacios educativos que ofrecían clases para adultos que deseaban continuar con sus estudios. Allí, las noches estaban llenas de historias de personas que, como Ricardo, buscaban una segunda oportunidad. Las aulas resonaban con el murmullo de estudiantes cansados pero determinados, con manos

Capítulo 4

ásperas por el trabajo diario sosteniendo lápices y cuadernos. Cada lección era una pequeña victoria contra las circunstancias.

El ambiente en el colegio nocturno era menos rígido y más comprensivo que en las escuelas diurnas. Los profesores, conscientes de las responsabilidades que los estudiantes traían consigo, se esforzaban por adaptar sus métodos y por brindar un apoyo cercano a cada uno de ellos. Ricardo se sintió valorado y apoyado en este espacio, y aunque el esfuerzo de compaginar el trabajo con el estudio no era fácil, encontraba en el Colegio Alberdi un motivo para continuar superándose.

El regreso al colegio nocturno no fue una tarea sencilla para Ricardo. Además de los desafíos académicos, debía trabajar durante el día para contribuir al sustento familiar. Las largas jornadas lo enfrentaban constantemente al agotamiento, pero su determinación era inquebrantable. Consciente de que la educación era la llave para un futuro mejor, asumió con compromiso cada clase, cada asignación y cada examen, demostrando una admirable fortaleza física y mental.

Para Ricardo, el horario nocturno era tanto una oportunidad como un reto. Las mañanas y tardes estaban dedicadas a sus labores diarias, mientras que las noches lo encontraban en el aula, concentrado en absorber conocimientos. Organizar su tiempo de manera rigurosa se convirtió en una habilidad esencial. Las mañanas y tardes estaban dedicadas al trabajo, mientras que las noches transcurrían en el aula, donde absorbía conocimientos con entusiasmo.

Cada asignatura representaba una puerta hacia nuevas oportunidades: las matemáticas desafiaban su lógica, la literatura enriquecía su visión del mundo, y la historia le brindaba un contexto más amplio de su realidad. Este proceso no solo fortalecía su intelecto, sino que también le permitía reconectar con un sueño que había postergado durante años.

A pesar de su delicada salud y el agotamiento acumulado, Ricardo nunca perdió de vista sus objetivos. Las noches de estudio eran extenuantes,

pero encontraba fuerza en el apoyo de sus hermanas y en la satisfacción de cada pequeño logro académico. Su experiencia en el colegio nocturno le enseñó el valor de la disciplina, la importancia de la resiliencia y la posibilidad de empezar de nuevo, sin importar las circunstancias.

Finalmente, después de años de sacrificio, Ricardo logró completar su secundario. Obtener el diploma fue mucho más que un reconocimiento académico: fue un símbolo de su perseverancia, su espíritu luchador y su capacidad para superar las adversidades. Este logro marcó el inicio de una nueva etapa en su vida, en la que podía construir su futuro con las herramientas que tanto esfuerzo le había costado adquirir. La satisfacción de haber alcanzado esta meta demostraba que, con esfuerzo y determinación, era posible transformar los desafíos en triunfos.

El comienzo de la universidad

Si completar el secundario había sido un triunfo personal, ingresar a la universidad fue un sueño que tomó forma contra todo pronóstico. En los años 1960, no era común que personas mayores iniciaran una carrera universitaria, pero Ricardo demostró que los límites eran solo barreras impuestas por las circunstancias y no por el deseo de superarse. La Universidad Nacional de Córdoba, con su prestigio y tradición, se convirtió en el nuevo escenario de sus aspiraciones.

Estudiar en una universidad de esa envergadura no era una tarea sencilla. Las dificultades económicas eran constantes, y los recursos escaseaban. Ricardo debía trabajar para sostenerse, lo que añadía una capa de complejidad a su vida académica. Sus días comenzaban temprano y terminaban tarde, repartidos entre el aula, el trabajo y los estudios nocturnos. Sin embargo, la adversidad nunca fue un obstáculo insuperable para él, sino un motor que lo impulsaba a esforzarse más.

En este camino, sus hermanas jugaron un papel crucial. Conscientes de los sacrificios que Ricardo hacía, lo apoyaron de múltiples maneras, desde lo económico hasta lo emocional. Ese respaldo fue fundamental para que

continuara adelante, especialmente en los momentos más difíciles, cuando las dudas y el agotamiento amenazaban con hacer mella en su ánimo.

La Universidad Nacional de Córdoba, con su arquitectura imponente y sus aulas llenas de historia, se convirtió en un segundo hogar para Ricardo. Allí, cada materia estudiada y cada examen aprobado eran pequeños pasos hacia un futuro que imaginaba lleno de posibilidades. Aunque la carga académica era demandante, él se destacó por su dedicación y su compromiso, ganándose el respeto de profesores y compañeros.

Estudiar en la universidad también le abrió puertas hacia nuevas perspectivas. La exposición a ideas, debates y conocimientos amplió su horizonte, despertando en él un interés renovado por temas que trascendían las limitaciones de su realidad cotidiana. En esos años, Ricardo se convirtió no solo en un estudiante, sino en un hombre con una visión más amplia y profunda del mundo.

El trayecto universitario de Ricardo es una muestra de su capacidad para desafiar las probabilidades. En un entorno donde las limitaciones económicas, las responsabilidades laborales y las secuelas físicas habrían desalentado a muchos, él encontró una manera de avanzar. Cada paso en ese camino fue un recordatorio de que, con perseverancia y apoyo, incluso los sueños más improbables pueden convertirse en realidad.

La Familia

En el núcleo de la vida de Ricardo, la familia siempre ocupó un lugar central, tanto como refugio emocional como pilar que lo sostenía en los momentos de adversidad. Los hermanos Maglione compartían un vínculo sólido, forjado en las dificultades de la vida y fortalecido por un profundo sentido de unión. La familia era, para Ricardo, una constante que permanecía firme a pesar de los cambios y los desafíos que enfrentaron con el tiempo.

La familia Maglione había atravesado grandes desafíos desde la muerte de

Capítulo 4

Antonio, pero mantenía un sentido de unidad inquebrantable. Aunque las circunstancias los llevaron por caminos distintos, los encuentros familiares se convirtieron en momentos especiales donde recordaban el pasado, compartían logros y planeaban el futuro. En estas reuniones, Ricardo encontraba un espacio de gratitud, una reafirmación del apoyo mutuo y un recordatorio de los valores que los definían.

Los años de juventud de Ricardo estuvieron marcados por las transformaciones en las vidas de sus hermanos. Minga, costurera, se casó de mayor con Mateo, un viudo con dos hijos, y continuó trabajando con dedicación. La Ñata, dedicada a la enfermería, recorría cuatro kilómetros a pie cada mañana para llegar al hospital donde trabajaba, mostrando una determinación admirable. Flora se trasladó a Cruz del Eje con su esposo Héctor "Quico" Sintora, quien manejaba una exitosa distribuidora, permitiéndole dedicarse plenamente a su hogar. Por su parte, Néstor, tras vender el campo de Monte Cristo en medio de una crisis económica, se estableció en el barrio Los Boulevares de Córdoba, donde trabajó en la fábrica Renault y cultivaba plantines para vender en viveros. Cada uno enfrentaba las adversidades con esfuerzo y creatividad, inspirando a Ricardo en su propio camino.

La relación entre Ricardo y sus hermanas era especialmente significativa. Minga y Ñata desempeñaron un papel crucial durante sus años de formación académica, no solo alentándolo, sino contribuyendo activamente a que pudiera continuar con sus estudios nocturnos. Ricardo no contaba con recursos para comprar libros ni materiales necesarios, pero sus hermanas encontraban soluciones. A menudo conseguían textos en bibliotecas o por otros medios, y se dedicaban a copiarlos a mano. Con paciencia y dedicación, transcribían todo lo necesario para que Ricardo pudiera estudiar. Él se apoyaba completamente en esos escritos, reconociendo que su esfuerzo y sacrificio eran el cimiento sobre el que avanzaba en su educación. Este gesto de apoyo incondicional no solo reflejaba el amor fraternal, sino también la importancia de la solidaridad en la familia Maglione.

El cariño de Ricardo también se extendía a sus sobrinas y sobrinos, quienes

Capítulo 4

ocupaban un lugar especial en su corazón. Siempre demostró un afecto incondicional hacia Norma y Daniel, hijos de Flora, y Zulema y Ernestito, hijos de Néstor. Una de las anécdotas que más hacía reír a Ricardo era la de su motoneta y su sobrina mayor, Zulema. Un día, lleno de entusiasmo, decidió enseñarle a conducirla. Lo que comenzó como una lección tranquila y divertida pronto se convirtió en una experiencia inolvidable. Mientras avanzaban por la carretera, Ricardo, emocionado y concentrado en el recorrido, seguía explicándole cómo manejar el vehículo. Sin embargo, después de un rato, al mirar hacia atrás, descubrió con sorpresa que Zulema ya no estaba. En algún momento, sin que él lo notara, su sobrina había caído silenciosamente durante uno de los baches del camino. Entre risas y preocupación, Ricardo dio la vuelta para recogerla, y ambos terminaron riendo a carcajadas por lo absurdo de la situación. Este recuerdo, lleno de humor y cariño, se convirtió en una de las historias favoritas de la familia, reflejando no solo el espíritu aventurero de Ricardo, sino también su capacidad para encontrar alegría incluso en los pequeños percances de la vida.

A medida que la familia Maglione evolucionaba, también lo hacían sus dinámicas internas. Las responsabilidades laborales y los cambios en las estructuras familiares alteraron la rutina, pero no el profundo respeto y cariño que se profesaban. Ricardo se mantenía como un punto de conexión, uniendo las piezas del mosaico familiar con su presencia constante y su compromiso con los valores que habían heredado de sus padres.

En la vida de Ricardo, la familia era mucho más que un lazo de sangre; era un espacio de aprendizaje, apoyo y amor incondicional. Los recuerdos compartidos, las historias narradas alrededor de una mesa y los gestos de ayuda mutua definían la esencia de lo que significaba ser un Maglione. Estos vínculos fueron fundamentales no solo para su desarrollo personal, sino también para su capacidad de enfrentar las dificultades con resiliencia y gratitud. A través de ellos, Ricardo encontró el coraje y la motivación para continuar su camino, siempre con la certeza de que, pase lo que pase, tendría un hogar al que regresar.

Capítulo 4



Ricardo y familiares



Ricardo y su hermano Néstor



Agustina y sus hijas

Capítulo 5: Literatura, San Lorenzo e Instituto

En la Argentina de los años 1920, 1930 y 1940, la vida cotidiana ofrecía un abanico de pasatiempos que variaban según las posibilidades económicas de las familias. Mientras las élites urbanas disfrutaban de conciertos, teatros y veladas literarias, las clases trabajadoras encontraban entretenimiento en actividades más accesibles como la lectura, la poesía, los deportes y las reuniones sociales en las plazas o clubes barriales. Para Ricardo, cuya infancia y juventud estuvieron marcadas por la sobriedad económica, estos pasatiempos no solo eran un lujo, sino también un refugio en medio de las responsabilidades cotidianas.

Los libros, aunque no abundaban en cada hogar, eran tesoros que se compartían entre vecinos y amigos. Las bibliotecas populares, nacientes en esa época, acercaban un mundo de posibilidades a aquellos que no podían costearse ejemplares propios. Asimismo, los poemas recitados en las tertulias familiares o en las tardes serenas eran una ventana al alma de los tiempos, un medio para plasmar emociones y vivencias en un lenguaje eterno. Ricardo, siempre curioso y ávido de conocimiento, hallaba en estas actividades no solo un entretenimiento, sino una manera de comprender y expresarse en un mundo en constante transformación.

En el deporte, otro de los pilares de la cultura popular, Ricardo también encontró un punto de conexión con su entorno. Si bien el acceso a instalaciones deportivas de primer nivel era limitado, los partidos improvisados en potreros y las narraciones radiales de grandes eventos deportivos mantenían viva la pasión de las masas. La vida, aunque sencilla y llena de retos, se enriquecía con estos pequeños oasis de esparcimiento, y Ricardo, con su espíritu inquieto, se sumergía en ellos con devoción.

La Poesía

La poesía, en las primeras décadas del siglo XX, ocupaba un lugar preeminente en la cultura argentina. En un país donde las letras comenzaban a consolidarse como un bastión de identidad nacional, los versos de poetas como Leopoldo Lugones, Alfonsina Storni y Baldomero Fernández Moreno resonaban en las escuelas, en las casas y en las plazas. Ricardo, aunque provenía de un entorno rural y austero, no fue ajeno a este fenómeno. La poesía era para él un modo de soñar y de viajar a través de las palabras, una herramienta que le permitía comprender y expresar el mundo que lo rodeaba.

Los poemas de la época solían abordar temas universales como el amor, la naturaleza y la patria, pero también exploraban las realidades sociales y los desafíos de una Argentina en proceso de urbanización y modernización. Ricardo admiraba especialmente las obras que retrataban con sensibilidad la vida en el campo y la belleza de lo cotidiano. Era común que, durante las reuniones familiares o las tardes en la chacra, alguien recitara algunos versos que despertaban reflexiones y sonrisas. Ricardo, siempre atento, aprendía estos poemas de memoria y, cuando llegaba su turno, los recitaba con una pasión y una precisión que dejaban una huella en quienes lo escuchaban.

En su juventud, el interés de Ricardo por la poesía no se limitó a la contemplación pasiva. Inspirado por los autores que admiraba y por las experiencias de su vida diaria, comenzó a escribir sus propios versos. Aunque nunca los publicó, estos poemas, muchas veces garabateados en los márgenes de sus cuadernos escolares o en hojas sueltas, reflejaban sus sueños, sus luchas y su profundo amor por la tierra que lo vio crecer. La poesía, para Ricardo, no era solo un pasatiempo, sino una forma de preservar sus recuerdos y de encontrar sentido en medio de las adversidades.



Portada de su libro de Poemas (compilación de su hijo menor)

- POESÍA -

Estoy hondo de ti
entre el cielo y la hoja,
entre la curva
que aprieta las luces demenciales
y las horas que vuelan
al rincón de los colores.
Estoy hondo de ti
entre la tarde
y el silencio,
con el eco
de la última mirada,
la que busco
la que aprieto en el destello

de las manos destejidas.
Estoy hondo de ti
en el habitado encuentro
de los pasos,
en las letras reflejadas,
en esa amistad
sin banderas.///
///iEstoy hondo
muy hondo de ti!

La Lectura

En los años 1920, 1930 y 1940, la lectura era más que un pasatiempo: era una ventana hacia otros mundos, una forma de evadir las limitaciones de la realidad cotidiana y soñar con horizontes lejanos. En la Argentina de aquellos años, los libros circulaban de mano en mano, y las bibliotecas populares se convertían en templos del conocimiento para quienes no podían permitirse adquirir ejemplares propios. Ricardo, cuya curiosidad innata lo empujaba a buscar respuestas en cada rincón, encontró en la lectura un compañero inseparable.

Los textos que Ricardo frecuentaba reflejaban tanto sus intereses personales como las posibilidades de acceso que ofrecía su entorno. Entre los títulos que más lo marcaban estaban los de autores argentinos como José Hernández, cuya obra cumbre, *El Martín Fierro*, no solo exaltaba la figura del gaucho sino que también capturaba la esencia del paisaje rural que Ricardo tan bien conocía. Pero su curiosidad no se limitaba al ámbito nacional: las novelas de aventuras de Julio Verne y los clásicos universales de Víctor Hugo y Alejandro Dumas alimentaban su imaginación y lo transportaban a escenarios que jamás habría podido visitar de otra manera.

La lectura, sin embargo, no siempre era una actividad solitaria. En muchas ocasiones, Ricardo se unía a reuniones familiares o encuentros con amigos en los que se leían fragmentos de libros en voz alta. Estas tertulias eran espacios donde el conocimiento y las emociones se compartían, reforzando los lazos comunitarios. Ricardo, con su voz cálida y una dicción

precisa, era un lector excepcional, capaz de imprimir vida a los textos que elegía. Para él, la lectura no solo era un placer, sino también una forma de conectar con quienes lo rodeaban.

A pesar de las dificultades económicas que caracterizaron buena parte de su vida, Ricardo siempre encontró la manera de acceder a nuevos libros. A menudo recurría a los mercados de pulgas o a las ferias populares, donde ejemplares usados se vendían a precios accesibles. En otras ocasiones, intercambiaba libros con amigos o los tomaba prestados de las pequeñas bibliotecas locales. Estos esfuerzos eran reflejo de su insaciable sed de conocimiento y de su firme creencia en el poder transformador de las palabras.

Los Deportes y los Clubs Deportivos

Si bien la lectura ocupaba un lugar destacado en la vida de Ricardo, el deporte era otro pilar que complementaba su personalidad. En la Argentina de las primeras décadas del siglo XX, el fútbol se consolidaba como la pasión de las masas, y las canchas improvisadas en los barrios se convertían en escenarios de encuentros y competencias. Ricardo, como muchos de su generación, desarrolló un amor profundo por este deporte, que no solo practicaba ocasionalmente, sino que también seguía con fervor.

La pasión de Ricardo por el fútbol no se limitaba a la práctica; también era un ferviente hincha de Instituto Atlético Central Córdoba, el club de su barrio. Aunque en esos años los partidos no se transmitían en televisión, las radios locales llevaban las jugadas a cada rincón del país, y Ricardo escuchaba con entusiasmo cada narración. Instituto era más que un equipo; representaba para él una conexión con su entorno, una fuente de unión, alegría y orgullo que compartía con su comunidad barrial.

Luego de Instituto, San Lorenzo era otro club de su preferencia. Su pasión por el fútbol, y en especial por San Lorenzo de Almagro, estaba profundamente arraigada desde su infancia, como lo demuestran dos historias que recordaba con humor y emoción. En una ocasión, cuando

era apenas un niño, cayó gravemente enfermo y un cura fue a su casa para revisarlo. Preocupado por su estado, el sacerdote le sugirió a su madre que colocara un santo en la pared junto a su cama para pedir protección divina. Su madre, siguiendo el consejo, colocó un santo y salió a despedir al cura. Sin embargo, al regresar al cuarto, se encontró con una sorpresa: Ricardo había reemplazado el santo por un póster de San Lorenzo de Almagro, declarando con total convicción que ese era su "santo" verdadero. Esta travesura reflejaba no solo su ingenio y sentido del humor, sino también el amor inquebrantable que ya sentía por su equipo favorito.

Ese vínculo con San Lorenzo provenía de un viaje familiar a Buenos Aires, donde tuvo la oportunidad de asistir a un partido del club. El impacto de ese evento quedó grabado en su memoria. Ver a jugadores profesionales en acción, sentir el rugido de la multitud y experimentar la energía vibrante del estadio fueron experiencias que lo marcaron profundamente y que solía recordar con emoción incluso en su adultez.

Además del fútbol, Ricardo tenía una profunda pasión por el boxeo y el automovilismo. Los fines de semana eran momentos dedicados a estos deportes. En automovilismo, era un entusiasta seguidor de la Fórmula 1 y se levantaba temprano, incluso los domingos, para no perderse las carreras, que solían transmitirse a las 7 u 8 de la mañana. En boxeo, admiraba a grandes figuras como Marvin Hagler, Sugar Ray Leonard, Roberto "Mano de Piedra" Durán, Carlos Monzón y Mike Tyson. Estas disciplinas le ofrecían una conexión con la emoción y el esfuerzo físico, valores que siempre respetó.

En el fútbol, aunque su corazón estaba dividido entre Instituto y San Lorenzo, admiraba profundamente a Pelé. Siempre decía que lo que había visto hacer a Pelé no lo había visto en ningún otro jugador, considerándolo el mejor futbolista de la historia. Para Ricardo, los deportes no solo eran una forma de entretenimiento, sino también una inspiración y una fuente constante de alegría y aprendizaje.

Además del fútbol, los clubes deportivos desempeñaban un papel crucial en la vida social de la época. Estos espacios no solo ofrecían instalaciones para

Capítulo 5

practicar deportes, sino que también se convertían en centros de encuentro comunitario. Las cenas, bailes y eventos organizados por los clubes fortalecían los lazos sociales y proporcionaban una red de apoyo para las familias. Ricardo, aunque no siempre podía participar activamente debido a sus responsabilidades laborales y familiares, reconocía la importancia de estos lugares y los valoraba como símbolos de unidad y pertenencia.

A través del deporte, Ricardo encontraba una forma de escapar momentáneamente de las preocupaciones cotidianas y de compartir momentos significativos con amigos y familiares. Aunque su vida estuvo marcada por desafíos y sacrificios, su amor por el fútbol y su admiración por los valores deportivos lo acompañaron siempre, dejando en él una huella imborrable.



Ricardo con su nieto Leandro, los dos vestidos de Instituto

Los Gustos de Ricardo

Los gustos de Ricardo eran tan variados como profundos. Su interés por la literatura y la poesía revelaba un alma sensible y reflexiva, mientras que su afición por los deportes y las actividades sociales mostraba un lado más alegre y activo. Estos intereses, aparentemente distintos, le ofrecían un equilibrio entre el mundo de las ideas y la realidad de la vida cotidiana, y en ambos encontraba una forma de expresar su identidad, sus sueños y sus anhelos. Cada actividad, cada libro y cada poema que pasaba por sus manos enriquecían su vida y moldeaban su carácter.

Amaba la lectura, vivía inmerso en los libros y la escritura, plasmando en papel sus pensamientos y emociones a través de poesías cargadas de metáforas y simbolismo. Estos versos escritos a mano reflejaban una sensibilidad única y una profunda conexión con su mundo interior. La poesía no era solo un ejercicio creativo, sino una forma de explorar y compartir su identidad.

Entre sus autores preferidos, Ricardo sentía una predilección por poetas como Almafuerte, cuyos versos de resistencia y valentía resonaban con su espíritu perseverante. La famosa estrofa "No te des por vencido ni aún vencido" parecía escrita para alguien como él, un hombre que enfrentaba la adversidad con determinación y humildad. También encontraba inspiración en los poemas modernistas de Rubén Darío, que lo transportaban a mundos llenos de musicalidad y ensueño, y en los versos épicos de Leopoldo Lugones, que celebraban la historia argentina y reforzaban su sentido de pertenencia y orgullo por su tierra.

Recitar poesía era para Ricardo más que un acto intelectual; era una forma de compartir un pedazo de su alma con quienes lo rodeaban. En reuniones familiares o en tertulias con amigos, su voz llenaba el aire con cadencias cuidadosas, dándole vida a cada palabra.

Capítulo 5

Este hábito no solo lo acercaba a los demás, sino que también dejaba una huella imborrable en quienes lo escuchaban, especialmente en sus hijos, quienes recordaban con cariño aquellas noches en las que la poesía se entrelazaba con la cotidianidad.

Además de la poesía, Ricardo era un ávido lector de literatura de todos los géneros. Se sentía particularmente atraído por las novelas históricas y las biografías de personajes que habían dejado su huella en el mundo. A través de estos libros, podía viajar a otras épocas y aprender sobre las vidas de personas que, como él, enfrentaron desafíos y tomaron decisiones difíciles. Este tipo de lecturas alimentaban su curiosidad por la historia y le permitían reflexionar sobre las cualidades que admiraba en los grandes líderes: la perseverancia, la ética y el compromiso con el bienestar común.

Sus intereses literarios también se extendían a la filosofía y a la literatura universal. Obras de autores como Victor Hugo y Dostoyevski capturaban su imaginación y le mostraban las complejidades de la condición humana. En estos libros, Ricardo descubría personajes complejos, luchas internas y dilemas morales que lo hacían cuestionarse a sí mismo y a su entorno. Estas lecturas se convertían en una especie de diálogo interior, en el que él mismo podía explorar sus propias creencias y valores, encontrando respuestas a preguntas que quizá no había formulado conscientemente.

Entre sus autores favoritos también destacaban aquellos que lograban combinar aventura, historia y humanidad en sus relatos. Las novelas de Alejandro Dumas, como *Los Tres Mosqueteros* o *El Conde de Montecristo*, lo transportaban a épocas remotas, avivando su imaginación y reafirmando su aprecio por valores como la lealtad y la justicia. Por otro lado, los textos históricos y biográficos satisfacían su insaciable curiosidad intelectual, permitiéndole explorar los grandes acontecimientos y personajes que habían moldeado el curso de la humanidad.

La historia era otra de sus grandes pasiones. Ricardo leía con fervor sobre los próceres y los momentos que habían forjado la identidad argentina, admirando especialmente figuras como San Martín y Belgrano.

Capítulo 5

Más allá de los libros, disfrutaba visitando lugares históricos, donde su imaginación le permitía recrear escenas del pasado. Cada edificio antiguo, cada calle empedrada, era para él un portal a un pasado lleno de historias que deseaba entender y preservar. Esta pasión por el pasado también se reflejaba en las conversaciones que sostenía con amigos y familiares, en las que a menudo compartía anécdotas y reflexiones que lograban dar vida a épocas y personajes ya lejanos.

Sin embargo, los libros y la poesía no eran las únicas fuentes de alegría para Ricardo. Su pasión por el deporte, especialmente el fútbol, lo conectaba con una parte más espontánea y alegre de su ser. Aunque Instituto era su equipo del alma, también tenía una admiración general por el espíritu del deporte. Para él, el fútbol no era solo un juego, sino una metáfora de la vida: una lucha constante donde la disciplina y el trabajo en equipo podían superar incluso los obstáculos más grandes.

En sus momentos de ocio, Ricardo también disfrutaba de actividades que lo mantenían en contacto con la naturaleza y la historia. Le fascinaba recorrer paisajes rurales, trabajar en la tierra, reviviendo en su memoria los días de su infancia en Pampayasta. Estos paseos no solo eran una oportunidad para reflexionar, sino también una forma de reconectarse con los valores de sencillez y autenticidad que siempre habían guiado su vida.

El tango ocupaba un lugar especial en su vida. Le encantaban las letras cargadas de nostalgia y emoción, que retrataban las pasiones y desafíos de la vida urbana. Gardel, D'Arienzo y Julio Sosa eran algunos de sus artistas favoritos, y las melodías de tango resonaban constantemente en su hogar, acompañándolo en momentos de reflexión y conectándolo con sus propias vivencias. Para Ricardo, el tango no era solo música, sino un reflejo del alma misma.

Aunque su vida estuvo marcada por responsabilidades y sacrificios, Ricardo siempre encontró tiempo para disfrutar de las pequeñas cosas que le daban sentido a su existencia. Una taza de café compartida en buena compañía, una tarde de lecturas bajo la sombra de un árbol, o una

Capítulo 5

conversación sobre política, literatura o deportes eran suficientes para llenarlo de satisfacción. Su habilidad para encontrar placer en lo cotidiano no solo lo hacía único, sino que también inspiraba a quienes lo rodeaban a valorar los momentos simples de la vida.

En resumen, los gustos de Ricardo José Maglione eran una extensión de su personalidad: variados, profundos y auténticos. Su amor por la poesía, los libros, el fútbol, la naturaleza y la historia no solo definían quién era, sino también cómo elegía enfrentar el mundo. A través de estas pasiones, Ricardo no solo encontró un refugio en medio de los desafíos, sino también una forma de compartir su esencia con los demás, dejando un legado que trascendía el tiempo y las palabras.



Cajita de recuerdos de Ricardo

- BUSCO -

Busco
la fuente de la aurora,
el camino del pájaro
en la brisa,
la flor que no pisé
y el silencio.

Capítulo 5

Busco las manos
en abanico,
el sueño lírico
de la amapola
y la respuesta
al grito de la cruz
en el avemaría
de la tarde en soledad.

Busco
el lenguaje de las horas
la mano abierta
en la senda de la espiga
y la mirada azul
del infinito
. Busco... Busco...
busco encontrar
la suprema floración
de las ideas.



Leyendo poesía y recordando su infancia en un programa radial en Pampayasta conducido por el hijo de su tío Marcelino

Capítulo 6: Se arma la familia

En las raíces de Ricardo fluía la esencia de la cultura italiana, un legado que moldeó su carácter y su vida. Las familias de origen italiano no eran solo unidades sociales; eran un entramado de valores, afectos y tradiciones que se transmitían con cada palabra y gesto. En el seno de estas familias, el respeto era la piedra angular de toda relación, el trabajo arduo era una virtud innegociable y el sentido de comunidad, una guía constante. Ricardo absorbió este espíritu desde muy pequeño, forjando su identidad en un entorno donde cada visita, cada comida compartida y cada celebración se vivía como un ritual de pertenencia.

Alta Córdoba, donde Ricardo residía, era un barrio que marcaba el fin de la ciudad y el comienzo del campo. En los años 1950 y 1960, esta zona estaba compuesta por casas de una sola planta, con amplios terrenos y jardines que conectaban la vida cotidiana con la naturaleza. Para Ricardo, este espacio representaba algo más que un lugar donde vivir. Era un punto de encuentro, un refugio donde los días transcurrían entre el aroma de los limoneros y el bullicio de las visitas familiares.

La casa de Ricardo era modesta pero cálida, un reflejo de la sencillez que siempre valoró. La cotidianidad transcurría al ritmo del esfuerzo y la dedicación, y aunque las comodidades eran limitadas, los afectos que nutrían cada rincón compensaban cualquier carencia. Este entorno no solo definió su presente, sino que sembró en él los valores que llevaría consigo en su camino hacia la construcción de su propia familia.

Conociendo a su pareja

El destino quiso que Ricardo encontrara el amor a tan solo unos pasos de su hogar. Poupée, cuyo verdadero nombre era Dora Edith Zapata, vivía a la vuelta de la esquina, en la calle Avellaneda 1862. Aunque sus caminos se

Capítulo 6

cruzaron en el barrio casi de manera casual, entre caminatas matutinas y tardes serenas, el vínculo entre ellos fue mucho más que un capricho del azar: estaba destinado a ser. La cercanía geográfica de apenas ochenta metros entre sus casas simbolizaba también la proximidad de dos almas que estaban destinadas a encontrarse.

Ricardo siempre había soñado con encontrar a alguien especial, una compañera que reflejara sus valores y que compartiera su manera de entender la vida. No buscaba lujo ni superficialidad; deseaba construir una relación basada en la sinceridad, la lealtad y el compromiso. Todo eso y más lo encontró en Poupée, una mujer encantadora, decidida y con un espíritu vivaz que pronto conquistó su corazón. Desde la primera vez que la vio, mientras ella se dirigía a dar clases en la escuela Manuel Lucero, Ricardo quedó cautivado por su presencia. Los vecinos contaban que, en aquellos días, él salía a saludarla con una mezcla de timidez y admiración, siempre respetuoso.

El amor entre ellos comenzó a florecer en una reunión de amigos en común y, más tarde, en una fiesta vespertina, de aquellas en las que los hombres acudían de traje y corbata. En esos encuentros, sus miradas se cruzaron de manera diferente, marcando el inicio de una historia de amor profunda y auténtica. Poupée, conocida como “la señorita Poupée” en su trabajo, era maestra en una escuela de Alta Córdoba. Su trato amable y su dedicación con los niños reflejaban un carácter bondadoso y generoso que Ricardo valoraba profundamente. Para él, Poupée no era solo encantadora; en sus conversaciones descubría una mujer inteligente, perspicaz y llena de compasión, con quien podía intercambiar ideas y compartir sus inquietudes.

Sin embargo, el camino hacia su unión no estuvo exento de desafíos. La familia de Poupée, que pertenecía a un nivel socioeconómico más alto, inicialmente veía a Ricardo con cierta reticencia. Pero su carácter amable, su respeto y su determinación terminaron ganándose su aceptación. Para Ricardo, el amor no era solo un sentimiento; era confianza y compañerismo, valores que priorizó desde el primer momento. Cada día encontraba en Poupée nuevas razones para admirarla: su sonrisa, su fortaleza y su

Capítulo 6

capacidad para enfrentar los desafíos de la vida con optimismo lo enamoraban más.

Poupée, por su parte, también encontró en Ricardo a alguien en quien podía confiar plenamente. Admiraba su serenidad, su sinceridad y la profundidad de su pensamiento. Juntos compartían momentos simples que se volvían memorables: caminatas al atardecer, charlas en el parque o silencios cómplices en los que no hacían falta palabras. A pesar de sus diferencias, como la espontaneidad de ella frente a la reserva de él, compartían un respeto mutuo y una complicidad que fortalecía su vínculo.

Ricardo solía decir que nunca imaginó que llegaría a casarse, pero Poupée transformó esa percepción. Con su dulzura y su espíritu decidido, ella no solo se convirtió en su pareja, sino en su compañera de vida. Juntos soñaron con construir una familia basada en el amor auténtico y perseverante, un amor que resistió el paso del tiempo y los embates de la vida. Su relación fue, desde el principio, una historia de amor sincera y genuina, un ejemplo de cómo dos almas destinadas a encontrarse pueden superar cualquier barrera para construir algo duradero y significativo.



Ricardo y Poupée

El casamiento

La boda de Ricardo José Maglione y Dora Edith Zapata tuvo lugar el 11 de enero de 1964, y fue un evento que reflejó no solo la unión de dos personas, sino la convergencia de dos mundos. Era el año 1964, una época donde las ceremonias nupciales estaban cargadas de simbolismo y tradición. Las bodas de entonces no solo eran una celebración personal, sino también un acto social, un puente entre familias y generaciones.

El día amaneció despejado, como si la naturaleza quisiera bendecir la ocasión. Ricardo, vestido con un traje oscuro que había comprado para la ocasión, se dirigió a la iglesia con una mezcla de nervios y felicidad. Poupée, por su parte, irradiaba elegancia y serenidad en su vestido blanco sencillo pero impecable, reflejo de su carácter práctico y discreto. La ceremonia tuvo lugar en la parroquia del barrio, el Corazón de María, un templo que albergaba recuerdos y vivencias compartidas por ambos.

La diferencia socioeconómica que había marcado sus primeros años juntos parecía haberse desvanecido en aquel altar. Ricardo, con su humildad y dedicación, había conquistado no solo el corazón de Poupée, sino también la aceptación de su familia. Los votos intercambiados ese día no solo sellaban su compromiso mutuo, sino que también simbolizaban el inicio de una nueva etapa, una en la que enfrentarían juntos los desafíos de la vida.

Tras la ceremonia, la pareja y sus invitados se dirigieron a una celebración sencilla, organizada en la casa de la familia Zapata. No hubo lujo, pero sí abundaron las risas, los brindis y las anécdotas que llenaron la tarde. Ricardo se mostraba emocionado, agradeciendo a cada invitado con una sonrisa genuina y palabras cálidas. Aquel día, marcado por la autenticidad y el cariño, quedaría grabado para siempre en sus memorias.

Ricardo y Poupée se mudaron a su nuevo hogar, una pequeña casa en Alta Córdoba ubicada en la calle Jujuy 3275, que les permitía disfrutar de la paz y la privacidad que ambos deseaban. La casa, aunque modesta, era un

Capítulo 6

espacio que ellos transformaron en su propio refugio, un lugar que con el tiempo se llenaría de recuerdos y de historias. Los primeros días de casados fueron para ellos una etapa de descubrimiento y de construcción, en la que juntos iban aprendiendo a compartir la vida diaria, a apoyarse mutuamente y a enfrentar las pequeñas dificultades que surgían en el camino.

La vida de casados fue para Ricardo y Poupée una extensión de su amor y de su compromiso. En su hogar, ambos compartían no solo las tareas y las responsabilidades, sino también sus sueños y sus esperanzas para el futuro. En las noches, a menudo se sentaban juntos a conversar sobre sus planes, sus metas y sus aspiraciones. Ricardo, con su carácter introspectivo, encontraba en Poupée un apoyo y un incentivo para seguir adelante, mientras que ella, con su naturaleza abierta y alegre, sentía que Ricardo era el compañero ideal, alguien con quien podía ser ella misma y con quien podía construir una vida plena y significativa.

El casamiento de Ricardo y Poupée fue, en todos los aspectos, un reflejo de la vida que ambos habían soñado: una vida basada en el amor, en el respeto y en el deseo de compartir cada momento juntos. Para ellos, el matrimonio no era una meta en sí misma, sino el inicio de un viaje que recorrerían juntos, una promesa de apoyo incondicional y de compañía en los momentos buenos y en los difíciles.

- POUPEE -

Tienes un nombre
el que busco
el que aprieto
en mis tardes de silencio.
Porque
tienes un nombre
perfil de mariposas...
a él
como abierto abanico
extenderé mis ansias
y la hondura violeta
de mis venas

Capítulo 6

desplegadas.
Y tienes un nombre
arquitectura del misterio
el que está
en mis secretos,
el que crecerá en el ocaso
rebotante de colores.



Casamiento de Ricardo y Poupée

Las Familias

Para Ricardo y Poupée, la familia siempre fue un pilar fundamental en sus vidas. Ambos provenían de familias que valoraban profundamente el respeto, la solidaridad y el sentido de pertenencia, y estos principios serían la base sobre la cual construirían su propio hogar. La familia de Ricardo, con sus raíces italianas, había formado en él un carácter sereno, un sentido de responsabilidad y una devoción por el trabajo.

Desde muy pequeño, Ricardo había aprendido el valor del esfuerzo y la importancia de apoyar a quienes amaba. Cada uno de sus hermanos y su madre ocupaban un lugar especial en su vida, y él veía en ellos un ejemplo constante de resiliencia y de fortaleza.

Poupée, por su parte, provenía de una familia que compartía muchos de los mismos valores. La relación cercana que tenía con sus padres y hermanos la había enseñado a ser generosa y a preocuparse por el bienestar de los demás. Era una mujer alegre y con una disposición para ayudar, cualidades que la habían hecho ganarse el cariño de quienes la conocían. Al igual que Ricardo, veía en la familia un refugio y un espacio donde podía encontrar el apoyo y la comprensión necesarios para enfrentar los retos de la vida.

En la vida de casados, Ricardo y Poupée también compartían momentos con sus familias extendidas, fortaleciendo los lazos que unían a ambas partes. Las reuniones familiares se convertían en una celebración de la unión de dos mundos, donde ambos se sentían bienvenidos y queridos. Para Ricardo, estas ocasiones eran una oportunidad de revivir las tradiciones que su familia le había inculcado desde pequeño, como las comidas en torno a una mesa grande, las charlas interminables y las anécdotas que llenaban de risa el ambiente. En esas reuniones, la familia de Poupée también aportaba su propio colorido, creando un ambiente de armonía que ambos valoraban profundamente.

Capítulo 6

Uno de los vínculos más significativos en la vida de Ricardo fue su amistad con Jorge Sabaini, esposo de la hermana de Poupée, un hombre de principios firmes y de gran corazón que se convirtió en un amigo entrañable y un aliado en los momentos importantes. Jorge, originario de una familia acomodada de La Rioja compartía valores similares a los de Ricardo, era alguien a quien podía confiarle sus pensamientos, sus proyectos y sus preocupaciones. La amistad entre Ricardo y Jorge no era solo un vínculo de camaradería; era una hermandad construida sobre la base del respeto y de la mutua admiración.

A menudo compartían largas charlas en las que discutían sobre la vida, los desafíos que enfrentaban y los sueños que ambos tenían para el futuro. Jorge era conocido en su comunidad como una persona honesta y trabajadora, alguien que siempre estaba dispuesto a ayudar a los demás sin esperar nada a cambio. Su carácter generoso y su sentido de la justicia lo hacían una figura muy respetada, y para Ricardo, tenerlo como amigo era un privilegio que valoraba enormemente. Esta amistad le brindaba una fuente constante de apoyo y de inspiración, y saber que contaba con alguien como Jorge en su vida le daba una gran tranquilidad. Para ambos, el otro era un hermano de elección, una persona en la que podían confiar sin reservas.

La relación entre las familias de Ricardo y Poupée era también un ejemplo de cómo dos mundos, con sus diferencias y sus singularidades, podían unirse en un lazo de amor y respeto. Para ellos, formar una familia significaba mantener vivos los valores que sus propios padres les habían transmitido, y con cada nuevo encuentro, fortalecían la red de apoyo que sostenía sus vidas. Ricardo y Poupée sabían que, en los momentos buenos y en los difíciles, siempre tendrían a sus familias a su lado, y esta certeza les daba la seguridad de que nunca estarían solos en su camino.



Ricardo con sus hermanos y cuñados

Nacimiento de sus hijos

La llegada de los hijos de Ricardo José Maglione y Dora Edith Zapata marcó una nueva etapa en sus vidas, una que trajo consigo desafíos, alegrías y una renovada razón para seguir construyendo un futuro juntos. Entre 1965 y 1967, en un intervalo de apenas tres años, nacieron sus tres hijos: Dora Silvia, Ricardo Luis y Luis Emilio. Cada nacimiento llenó el hogar de risas, llantos y la promesa de una generación que continuaría con el legado de la familia.

El 6 de mayo 1965, nació su primera hija, un acontecimiento que trajo consigo una mezcla de emociones y de responsabilidades. Al tener a su primera hija en brazos, Ricardo comprendió el peso y la maravilla de la paternidad, un compromiso que asumió con el mismo amor y dedicación que siempre había puesto en su vida. Ricardo, con su personalidad atenta y afectuosa, no escatimaba en esfuerzos para asegurar que su hija tuviera todo lo necesario. Su carácter protector, herencia de su propia infancia marcada por el sacrificio y la unión familiar, se manifestaba en cada pequeño gesto hacia Dora. Desde las noches en vela para acunarla hasta las tardes paseando con ella por el barrio, Ricardo encontró en su hija una fuente de alegría que iluminaba incluso los días más difíciles.

Capítulo 6

Un año después, el 26 de junio de 1966, nació Ricardo Luis. Con su llegada, el hogar Maglione-Zapata cobró una nueva energía. Ricardo se esforzaba por equilibrar su vida laboral y familiar, consciente de que debía brindarles no solo sustento, sino también un modelo a seguir. Aunque aún era un bebé, Ricardo ya soñaba con las enseñanzas que le transmitiría y con las historias que compartirían juntos.

El menor de los tres, Luis Emilio, nació el 29 de septiembre de 1967, completando la familia y trayendo consigo una alegría que los unía aún más. Luis Emilio, a diferencia de sus hermanos mayores, creció rodeado de una dinámica familiar ya establecida, donde la experiencia de Ricardo como padre comenzaba a reflejarse en su manera de criar a sus hijos.

Con tres niños en el hogar, Ricardo y Poupée vivían días llenos de actividad, de risas y de momentos compartidos. El hogar que ambos habían construido se llenaba ahora con las voces y las risas de sus hijos, y cada día era una aventura que vivían con gratitud y entusiasmo. Para Ricardo, ser padre era un privilegio, una oportunidad de formar a sus hijos y de guiar sus pasos con el ejemplo y el amor incondicional.

Uno de los aspectos más entrañables de esta etapa de la vida de Ricardo fue la elección de los nombres de sus hijos. En cada uno de ellos se entrelazaban recuerdos, afectos y un deseo profundo de honrar a las figuras importantes en su vida. Dora Silvia llevaba el nombre de su madre, un tributo a la mujer que había transformado la vida de Ricardo y que ahora compartía con él la responsabilidad de criar a sus hijos. Ricardo Luis, por otro lado, reflejaba la intención de Ricardo de dejar en su hijo un legado que combinara su identidad con una visión de futuro. Finalmente, Luis Emilio recibió un nombre que, aunque sencillo, transmitía la fortaleza y la unidad que caracterizaban a la familia, al combinar el nombre de su suegro con el de su tío más querido.

La rutina del hogar cambió con la llegada de los niños, llenándose de actividades y momentos que Ricardo atesoraría por el resto de su vida. Por las mañanas, ayudaba a Poupée con las tareas del hogar antes de partir a

Capítulo 6

trabajar, asegurándose de que ella no se sintiera abrumada por las responsabilidades. Por las tardes, Ricardo dedicaba tiempo a jugar con sus hijos, compartiendo risas y enseñanzas que, aunque simples, dejarían una marca indeleble en ellos. Las noches, aunque a menudo agotadoras, eran también un espacio para la reflexión, donde Ricardo y Poupée conversaban sobre el futuro y sobre cómo construir un hogar lleno de amor y esperanza.

A pesar de los desafíos económicos que enfrentaban, Ricardo siempre encontró formas de crear momentos especiales para su familia. Durante los fines de semana, organizaba pequeñas salidas al parque o al campo, donde los niños podían correr libres y disfrutar de la naturaleza.

Ricardo veía en estas experiencias una oportunidad para transmitirles el mismo amor por la simplicidad y la belleza del mundo que él había aprendido en su propia infancia en Pampayasta.

El nacimiento de sus hijos no solo transformó a Ricardo como padre, sino que también fortaleció su vínculo con Poupée. Juntos, enfrentaban las dificultades con una determinación inquebrantable, apoyándose mutuamente en los momentos difíciles y celebrando cada pequeño logro como un triunfo compartido. La crianza de sus hijos se convirtió en el proyecto más importante de sus vidas, uno que les dio propósito y significado en medio de los desafíos cotidianos.

Con cada cumpleaños, con cada primer paso y cada nueva palabra, Ricardo encontraba en sus hijos un recordatorio de lo que realmente importaba en la vida. Los años venideros estarían marcados por los sacrificios que haría por ellos, por las decisiones que tomaría con su bienestar en mente y por las lecciones que les enseñaría sobre la importancia de la familia, el trabajo duro y los valores que lo habían guiado a lo largo de su propia vida. Para Ricardo, ser padre no era solo un rol; era un privilegio y una responsabilidad que llevaba con orgullo y amor.



Ricardo y Poupée con sus hijos

NACIMIENTO DORITA -

Y quedaron en la noche
las lunas
apiladas.
La queja
bebió su sed
y hubo una voz
de oración enredada
en la diminuta
mirada
de la flor.

NACIMIENTO RICARDO

¡Señor!...
Agota el viento
entre las ramas
para
que el eco de la flor
hunda sus pétalos
en el instante
amanecido
... y que venga
el son de las rondas
y vivan
sus manos fértiles,
prisioneras
de entusiasta
transparencia.

- NACIMIENTO LUIS

El eco de lunas
llegó
por los caminos del
ángel.
Alba
para que las manos
aprieten soles
y las pupilas
corran
por la blanca risa
desatando primaveras.
Por el tiempo
todas las campanas
vendrán a los besos
y las horas
abrumadas de cristales
navegarán
por el ensueño.

Capítulo 7: Los Años de la Familia

La esencia de un hombre puede a menudo encontrarse en los detalles de su día a día, en las pequeñas decisiones que toma y en las grandes verdades que lo moldean. Ricardo no era la excepción. Su carácter estaba definido por una serenidad inherente, un equilibrio entre la timidez y una calidez discreta que se revelaba solo a quienes lograban traspasar las primeras capas de su personalidad. Era un hombre de gestos medidos y palabras justas, cuya vida reflejaba una profunda conexión con los valores familiares y un arraigado sentido del deber.

Desde su juventud, Ricardo había cultivado un temperamento reservado que, lejos de alejarlo de los demás, parecía dotarlo de una capacidad especial para escuchar y comprender. Esa inclinación natural hacia la introspección no le impedía ser el pilar de su familia, un hombre cuya presencia era constante y cuya fortaleza se manifestaba en las decisiones importantes y en los silencios cargados de significado. Su personalidad, aunque tranquila, tenía la capacidad de influir profundamente en quienes lo rodeaban, dejando una huella indeleble en los recuerdos de aquellos que compartieron su vida.

Sus Casas

La vida de Ricardo y su familia estuvo marcada por los espacios que habitaron, cada uno de ellos cargado de historias y momentos que conformaban el tejido de su vida cotidiana. Tras casarse con Poupée, se establecieron en una casa modesta ubicada en Jujuy 3273, en el barrio de Alta Córdoba, el mismo lugar donde ambos se habían criado. Este primer hogar, aunque sencillo, reflejaba la calidez de su relación y el cuidado con el que construyeron su vida en común.

Capítulo 7

La casa de Jujuy 3273 era un espacio de encuentro y de refugio. Su patio era el corazón de la casa, un lugar donde los niños jugaban y Ricardo disfrutaba conectándose con la tierra a través de las flores que plantaba: alverjillas, amapolas, calas, margaritas. También había un limonero y un duraznero que ofrecían frutos y sombra, y que simbolizaban esa búsqueda de equilibrio entre la vida urbana y la conexión con la naturaleza que tanto apreciaban. Ricardo y Poupée dedicaron tiempo y esfuerzo a acondicionar este espacio, agregando detalles que hacían del lugar un hogar acogedor y lleno de vida. Cada pequeño arreglo, cada cambio, era una muestra del compromiso de ambos por construir un ambiente en el que su familia pudiera sentirse segura y feliz.

Con el tiempo, la familia creció, y surgió la necesidad de mudarse a un espacio más amplio. Fue entonces cuando decidieron trasladarse a Trafalgar 919, también en el barrio de Alta Córdoba. Este cambio no solo representaba un avance material, sino también un paso importante en el crecimiento de la familia y la consolidación de su vida juntos. La nueva casa, aunque más espaciosa, ya no tenía un gran patio, sino un pequeño jardín en el ingreso. Sin embargo, rápidamente se convirtió en un punto de referencia para todos: un lugar donde los hijos crecieron y donde los valores que Ricardo y Poupée inculcaron encontraron terreno fértil.

Alta Córdoba, con sus vías de tren, su club Instituto y la rica historia que lo caracterizaba, continuó siendo el marco de sus vidas. La casa de Trafalgar 919, aunque distinta a la de Jujuy 3273, fue testigo de risas, conversaciones, momentos de aprendizaje y también de los desafíos que enfrentaron como familia. Las paredes de este nuevo hogar guardaron las historias de un matrimonio y una familia que crecieron, evolucionaron y, sobre todo, se mantuvieron unidos.



Ricardo y Poupée con sus hijos Dora, Ricardo y Luis

Estudios Universitarios

La perseverancia de Ricardo, una característica que lo definió a lo largo de toda su vida, lo llevó a retomar sus estudios y completar su formación académica, incluso en circunstancias que parecían insuperables. Antes de casarse, y en un tiempo en el que los desafíos laborales y económicos podían ser excusa para abandonar metas personales, Ricardo tomó la valiente decisión de retomar el estudio secundario y comenzar una carrera universitaria. Fue un acto de profunda convicción, impulsado tanto por su pasión por el conocimiento como por el deseo de alcanzar un futuro mejor.

Más tarde, ya siendo padre de familia y con sus hijos aún pequeños —de entre 6 y 8 años—, Ricardo culminó uno de los mayores logros de su vida: se

Capítulo 7

recibió de Médico Clínico en la Universidad Nacional de Córdoba. Este desafío, que hubiera intimidado a cualquiera, fue afrontado con la misma determinación que siempre lo caracterizó. Las exigencias económicas y las responsabilidades laborales se sumaban a las largas jornadas de estudio, poniendo a prueba su resistencia y compromiso. Sin embargo, Ricardo nunca se desvió de su objetivo que le permitió concentrarse en alcanzar su sueño.

Cada sacrificio que hizo fue una muestra del mensaje que deseaba transmitir a sus hijos: nunca es tarde para perseguir los sueños y el esfuerzo siempre tiene su recompensa. Más allá del título obtenido, su graduación fue un tributo a los valores de dedicación y superación que buscaba inculcar en su familia.

La vida universitaria también le brindó la oportunidad de ampliar sus horizontes y de reforzar su convicción de que la educación es un pilar fundamental para el desarrollo individual y colectivo. Su paso por la universidad marcó no solo un hito en su vida, sino también un legado para sus hijos: una enseñanza viva de que el conocimiento y la perseverancia son herramientas poderosas que trascienden generaciones. Ricardo no solo logró cumplir su sueño personal, sino que con su ejemplo sembró en sus hijos la certeza de que los sueños, aunque difíciles, siempre valen la pena.



Ricardo en época de estudiante universitario

Las Vacaciones

Las vacaciones para Ricardo no eran simplemente un paréntesis en la rutina diaria, sino momentos llenos de significado, donde los días parecían alargarse con la promesa de nuevas experiencias y reencuentros familiares. Uno de sus destinos predilectos era Pampayasta, el lugar que simbolizaba su infancia y juventud. Aquel rincón de Córdoba, con su aire puro y sus paisajes bucólicos, se convertía cada verano en un refugio donde las risas de sus hijos resonaban como un eco de sus propias memorias.

En Pampayasta, Ricardo no solo disfrutaba de la sencillez que ofrecía el campo, sino también del recuerdo de las labores rurales que marcaron su juventud. En esos parajes se vivía el ritmo del tambo, la cría de ganado y el trabajo en los cultivos, actividades que forjaron su carácter y le enseñaron el valor del esfuerzo. Estas experiencias, que aún evocaba con orgullo, le permitían transmitir a sus hijos el aprecio por la tierra y por la dedicación que requiere cuidar de ella. Mientras caminaban juntos por los campos o descansaban junto al río, Ricardo relataba historias de esos días de trabajo intenso, llenas de enseñanzas y anécdotas que los conectaban con sus raíces.

Otro destino recurrente para la familia Maglione era La Quebrada, un lugar donde el paisaje serrano ofrecía la posibilidad de explorar senderos, admirar la flora autóctona y disfrutar de la quietud de un entorno montañoso. Ricardo encontraba en estos viajes una conexión especial con la naturaleza y una oportunidad para fortalecer los lazos familiares. A menudo, llevaba a sus hijos a Cruz del Eje, un pequeño pueblo donde el tiempo parecía detenerse. Allí, visitaban a su hermana Flora y su familia, exploraban el entorno rural y se sumergían en el ritmo pausado de la vida local.

Uno de los momentos más memorables fue el viaje a Mar del Plata, un destino que representaba algo completamente distinto a lo que Ricardo solía frecuentar. La inmensidad del océano y la vitalidad de la ciudad costera contrastaban con los paisajes serranos y rurales que tanto amaba. Sin

Capítulo 7

embargo, esa diferencia fue lo que hizo que el viaje fuera especial. Ricardo se deleitaba viendo a sus hijos correr por la arena, enfrentar las olas con risas y asombro, y descubrir el encanto de un lugar tan diferente al que estaban acostumbrados.

Cada uno de estos viajes era más que una simple escapada; era un espacio donde Ricardo podía compartir con su familia los valores que siempre había cultivado: la importancia del tiempo compartido, la capacidad de encontrar belleza en la simplicidad y el aprecio por las raíces y tradiciones que los conectaban con sus antepasados.



Ricardo con sus hijos en la Quebrada (Izquierda) y en Mar del Plata (Derecha)



La familia de vacaciones en San Marcos Sierras con el ex presidente Arturo Illia

Actividades con sus Hijos

Más allá de las vacaciones, Ricardo valoraba profundamente el tiempo que pasaba con sus hijos en la vida cotidiana. Para él, la paternidad era un rol activo y comprometido, y cada momento con sus hijos era una oportunidad para enseñarles, para guiarlos y para compartir su visión de la vida. A pesar de sus múltiples responsabilidades, Ricardo siempre encontraba tiempo para realizar actividades con ellos, cultivando una relación cercana y construyendo recuerdos que sus hijos llevarían consigo para siempre.

La rutina diaria en la familia Maglione estaba cuidadosamente organizada, con Ricardo y Poupee dividiéndose las tareas. Mientras Poupee se encargaba de llevar a Dora a sus clases de danza, Ricardo acompañaba a los varones al club o a la academia.

Por las mañanas, Ricardo se encargaba de llevar a los niños a la escuela, y por las tardes, cada uno se dedicaba a sus actividades. A Ricardo le encantaba involucrarse en estas actividades extraescolares, ya fuera acompañando a Dora a sus presentaciones de danza o asistiendo con entusiasmo a los partidos de fútbol o de básquet de sus hijos. Ver a sus hijos crecer, aprender y disfrutar lo llenaba de orgullo y lo motivaba a estar presente en cada paso de su desarrollo.

Uno de los momentos más significativos para sus hijos fue cuando Ricardo, buscando involucrarse más en sus vidas y fortalecer su vínculo con ellos, organizó un equipo de fútbol formado por el grupo de amigos del barrio con los que sus hijos solían jugar. Asumiendo el rol de técnico, Ricardo no solo los guiaba en el deporte, sino que también los motivaba, los acompañaba y los llevaba a competir. Cada partido se convertía en una experiencia enriquecedora, en la que el fútbol era el vehículo para enseñarles valores como la camaradería, la responsabilidad y la importancia del trabajo en equipo. Para Ricardo, esta actividad iba mucho más allá del deporte: era una forma de compartir tiempo de calidad con sus hijos, de comprender su mundo y de dejar en ellos una huella imborrable, llena de enseñanzas y recuerdos compartidos.

Capítulo 7

Las salidas al parque se convirtieron en otro de los momentos especiales que Ricardo compartía con sus hijos. Allí, los niños podían correr, jugar y disfrutar de la libertad del aire libre. Ricardo, a pesar de su carácter reservado, se permitía disfrutar de esos momentos de juego, riendo junto a ellos y dejándose llevar por su energía contagiosa. Verlos disfrutar, experimentar y descubrir el mundo le brindaba una satisfacción profunda, y en cada salida reforzaba el vínculo de amor y de confianza que lo unía a sus hijos. En estos paseos, Ricardo también aprovechaba para enseñarles pequeñas lecciones de vida, como el respeto por la naturaleza y la importancia de cuidar el entorno.

Además de las salidas al parque, Ricardo tenía una rutina diaria que incluía momentos específicos para compartir con sus hijos. En las tardes, solían jugar juntos a las bolitas, organizando competencias amistosas donde las risas y la camaradería eran las protagonistas. También disfrutaban intercambiando figuritas, un pasatiempo que se convertía en un juego lleno de estrategias y diversión. Ricardo, siempre dispuesto a unirse a las actividades infantiles, les enseñaba a dominar el balero y el yoyo, mostrando con paciencia los trucos que él mismo había aprendido en su niñez. Estas actividades no solo fortalecían sus lazos afectivos, sino que también les dejaban recuerdos imborrables de complicidad y alegría compartida.

Otro momento que marcó la vida de sus hijos fue cuando Ricardo les regaló una bicicleta, un símbolo de libertad y de independencia que él valoraba enormemente. Con paciencia, se dedicó a enseñarles cómo pedalear, cómo mantener el equilibrio y, sobre todo, cómo confiar en ellos mismos. Este aprendizaje, aunque sencillo, se convirtió en una experiencia memorable, una lección de vida que iba más allá de la simple habilidad de montar una bicicleta. Ricardo, con su apoyo y su confianza, les enseñaba a no rendirse, a enfrentar sus miedos y a disfrutar de cada pequeño logro.

Ricardo también compartía con sus hijos actividades en casa, como el cuidado del jardín o pequeñas reparaciones que les permitían pasar tiempo juntos y aprender a cuidar de su hogar. Estos momentos, aunque rutinarios, se volvían especiales gracias a la dedicación y al cariño con los que él los

Capítulo 7

guiaba. Les enseñaba a ser responsables y a valorar el esfuerzo, mostrándoles que cada tarea, por pequeña que fuera, tenía un propósito y un valor. Para Ricardo, estas actividades no eran solo una forma de enseñarles habilidades prácticas, sino también una manera de fortalecer su carácter y de inculcarles el valor de la constancia y del trabajo bien hecho.

Cada uno de estos momentos que compartía con sus hijos era, para Ricardo, un reflejo de su amor y de su compromiso como padre.

Sabía que no podía estar siempre presente en cada aspecto de sus vidas, pero se esforzaba por darles un ejemplo de vida, por ser una figura en quien pudieran confiar y a quien pudieran admirar. Con cada actividad, con cada charla y con cada enseñanza, Ricardo dejaba una parte de sí mismo en ellos, un legado de valores y de amor que sería la base sobre la cual construirían sus propias vidas. Para él, ser padre no era solo una responsabilidad, sino el privilegio de guiar y de acompañar a sus hijos en su camino hacia el futuro.



Ricardo con sus hijos

Su Trabajo en el Hospital

El hospital era para Ricardo mucho más que un lugar de trabajo; era un espacio donde podía combinar su pasión por la medicina con su profundo sentido de la responsabilidad y la vocación de servicio. Trabajaba en el área de Anatomía Patológica, un ámbito que requería precisión, paciencia y un carácter metódico, cualidades que él poseía en abundancia. Este sector del hospital era casi como un mundo aparte, un lugar donde los tejidos y órganos revelaban secretos que ayudaban a los médicos a comprender y tratar las enfermedades de los pacientes.

Ricardo se destacaba por su dedicación y profesionalismo. Sus compañeros de trabajo lo describían como un hombre reservado pero confiable, alguien que siempre estaba dispuesto a ayudar, incluso en los momentos más difíciles. En el hospital, había forjado amistades que trascendían lo laboral. Las charlas en los descansos se transformaban en espacios donde compartía anécdotas, opiniones sobre la vida y, a veces, sus preocupaciones. Su manera de relacionarse era sencilla pero cálida, ganándose el respeto y el cariño de quienes lo rodeaban.

Su espacio de trabajo era un reflejo de su personalidad: organizado, limpio y meticulosamente ordenado. A pesar de la seriedad que demandaba su labor, Ricardo encontraba pequeños momentos para humanizar el ambiente. Una planta en la ventana, una fotografía familiar en su escritorio o una frase motivadora escrita en una hoja eran detalles que hablaban de su carácter.

Aunque Ricardo no tenía vicios y no era fumador habitual, había ocasiones en su labor que lo afectaban profundamente. En su trabajo en Anatomía Patológica, a veces debía estudiar las causas de muerte de cadáveres en mal estado o con problemas importantes, una tarea que podía ser emocionalmente desgastante. En esos momentos puntuales, cuando las circunstancias resultaban especialmente difíciles, salía a tomar aire y encendía un cigarrillo, casi como un gesto ritual para liberar tensiones acumuladas. Estas eran las únicas veces que fumaba, y aunque el hábito no

Capítulo 7

trascendía esos momentos específicos, reflejaba la carga emocional que llevaba consigo en esos días.

A lo largo de su carrera, Ricardo recibió reconocimientos por su dedicación. Uno de los momentos más emotivos fue cuando cumplió 30 años de servicio en el hospital y le entregaron una medalla como símbolo de agradecimiento y respeto. Ese pequeño objeto se convirtió en un tesoro personal, una prueba tangible de su compromiso y contribución al bienestar de los demás.



Ricardo con el Dr. Stutz

Tiempos en Familia

Si había algo que definía a Ricardo fuera del hospital, era su devoción por su familia. Estos momentos compartidos eran el centro de su vida, un remanso de paz que le permitía reconectarse con sus seres queridos después de días de arduo trabajo. En casa, su presencia era constante y significativa, aunque su naturaleza reservada lo hacía expresarse más a través de acciones que de palabras.

Capítulo 7

Ricardo disfrutaba de las visitas a su primo Atilio, un hombre con quien compartía no solo lazos familiares, sino también un profundo entendimiento mutuo. Sus encuentros eran ocasiones para rememorar tiempos pasados, intercambiar opiniones sobre la vida y, sobre todo, fortalecer el vínculo que los unía desde la infancia. Estas visitas, aunque sencillas, eran fundamentales para Ricardo, pues le permitían mantener vivo el espíritu de su niñez en Pampayasta.

Además, Ricardo consideraba amigos a las personas con quienes convivía habitualmente. Entre ellos estaba el "Toto" Domínguez, esposo de Nini, a quien veía como una prima, ya que se habían criado juntos. Nini era hija de su madrina, Lucía Nebiolo, y las visitas entre ellos eran frecuentes, llenas de conversaciones y recuerdos compartidos. También tenía una relación cercana con los padres de los compañeros de básquet de sus hijos Luis y Ricardito, especialmente con las familias Spiridione y Alarcón, con quienes compartía numerosos encuentros. A menudo, se reunían para hacer asados o celebrar pequeños eventos, fortaleciendo los lazos de camaradería. Por supuesto, sus hermanas ocupaban un lugar fundamental en su vida. Ricardo las visitaba constantemente, demostrando con sus acciones el cariño y la cercanía que los unían.

Otro de sus vínculos especiales era con Eduardito Bonelli, hijo de su prima Adita, a quien siempre trataba con cariño y atención. Ricardo encontraba en estas conversaciones un espacio para transmitir su experiencia de vida y, al mismo tiempo, aprender de las nuevas perspectivas que ofrecía la juventud de su interlocutor. Estos diálogos eran momentos de intercambio genuino que enriquecían a ambos.

Las celebraciones de fin de año eran un evento destacado en la familia Maglione. Ricardo y Poupée tenían un acuerdo especial: los 24 y 31 de diciembre los celebraban con la familia de Poupée, mientras que el 25 era reservado para Ricardo y sus hermanos. Este día era especialmente significativo para él, una oportunidad para reunir a todos alrededor de la mesa y disfrutar del calor del hogar en un ambiente cargado de amor y buenos deseos.

La rutina diaria también estaba impregnada de pequeños rituales que fortalecían el espíritu familiar. Los domingos eran días especiales, marcados por el aroma de los ravioles que Poupée preparaba con esmero. Toda la familia se reunía alrededor de la mesa, compartiendo historias y risas, mientras Ricardo disfrutaba de su plato favorito. Aunque él no era experto en la cocina, sabía apreciar el arte culinario de su esposa, reconociendo en cada bocado el esfuerzo y el amor que ella ponía en cada receta.

El tiempo que Ricardo dedicaba a su familia no solo era una muestra de su amor, sino también una forma de enseñar con el ejemplo. Sus hijos crecieron viendo en él a un hombre íntegro, que valoraba las relaciones humanas y que encontraba en la simplicidad de la vida diaria una fuente inagotable de felicidad. En su hogar, cada momento compartido era una pieza más en el mosaico de recuerdos que conformarían el legado de Ricardo José Maglione.



Fiesta de cumpleaños del menor de los hijos, Luis



Ricardo con sus hijos en Pampayasta

- A ATILIO -

Rama fuerte
de noble y firme raíz
caminante de soles pamperos,
con el sudor
de tus horas agrarias
construyes
vegetales de asombro
y espejos de vida.
Tú buscas el alba
y el alba te espera,
para juntos
viajar a la siembra
y celebrar
la plenitud del ganado.
Tú estrenas la brisa
y entusiasta cultivas
la claridad
del pasaje amarillo.
Pastor
de la agrícola
dulzura,
surco y fruto
de tu propia tierra,

Capítulo 7

en el color de tu tiempo
castaño y cielo,
encadenas rubores
vertical de amistad
y encuentros.



Ricardo como DT del equipo de fútbol y básquet de sus hijos

Ricardo en su hogar

El hogar de Ricardo era mucho más que un espacio físico; era un refugio donde la vida cotidiana se tejía con momentos de simplicidad y calidez. Ricardo no era el típico hombre que se destacaba en la cocina o en labores domésticas, pero su presencia en el hogar tenía un impacto profundo. Las tareas de la casa eran lideradas por Poupée, cuya destreza culinaria transformaba los domingos en un ritual sagrado alrededor de la mesa. Una de las tradiciones que mantenía cada domingo era la comida familiar, donde el plato principal eran los ravioles caseros. Al sentarse todos juntos alrededor de la mesa, Ricardo sentía que ese sencillo plato simbolizaba la calidez y la unión de su hogar. Los domingos eran un recordatorio de su niñez, de las comidas en familia, y cada bocado le traía de regreso los sabores de su infancia y la importancia de esos momentos compartidos.

Capítulo 7

Aunque Ricardo no era hábil en la cocina, tenía un paladar sencillo y un gusto especial por los platos tradicionales. Los guisos, las carnes al horno y los platos caseros eran sus favoritos, aquellos que le recordaban los años pasados y que le brindaban una sensación de nostalgia y confort. Su aprecio por la buena comida, sin lujos ni excesos, reflejaba su forma de ver la vida: encontrar la satisfacción en las cosas simples y en los momentos compartidos con quienes más quería.

Ricardo encontraba placer en los pequeños momentos de la vida diaria. Le gustaba sentarse en el patio al final del día, contemplando el cielo cambiante mientras disfrutaba del silencio. Estos instantes de introspección eran una manera de recargar energías y reflexionar sobre los eventos del día. Además, era un hombre que valoraba la compañía de su esposa, y juntos formaban una pareja que, a pesar de las diferencias en carácter y habilidades, funcionaba como un equipo sólido y complementario.

Uno de los aspectos más destacados de su vida casera era su relación con los objetos cotidianos. Ricardo tenía una forma especial de vincularse con las cosas que lo rodeaban, desde su silla favorita hasta herramientas que, aunque modestas, le permitían resolver problemas prácticos en casa. Su relación con los objetos reflejaba su personalidad metódica y su capacidad para encontrar valor en lo sencillo.

El hogar de Ricardo no era solo un espacio físico, sino un lugar lleno de significado emocional. Hablar de Ricardo sin hablar de Poupée era casi imposible, pues juntos eran la esencia misma de esa casa. Su relación era una unidad indisoluble, marcada por el compañerismo, el respeto mutuo y una conexión que los hacía inseparables. Donde iba uno, el otro lo acompañaba, y cada rincón de su hogar reflejaba esa complicidad que los definía. Para quienes los conocieron, eran la imagen de la pareja ideal, dos almas que se unieron para caminar juntas, apoyándose en todo, hasta el final. Juntos crearon un entorno donde la familia no solo vivía, sino que prosperaba, y su amor dejó una huella imborrable en quienes los rodearon.



Ricardo y su familia en la comodidad de la casa

La Personalidad de Ricardo

La personalidad de Ricardo era una mezcla única de timidez, determinación y compasión. Su carácter reservado lo hacía parecer distante en ocasiones, pero en realidad era alguien que sentía profundamente y que siempre estaba dispuesto a ayudar a los demás. Su timidez le traía ciertos desafíos, sobre todo en situaciones sociales donde debía interactuar con personas que no conocía bien. A menudo, prefería mantenerse en un segundo plano, observando y escuchando antes de intervenir, y aunque esta actitud le brindaba una visión amplia de su entorno, a veces le dificultaba expresar sus propios pensamientos y sentimientos.

Esta reserva, sin embargo, no significaba que Ricardo fuera indiferente a los logros y a las necesidades de quienes lo rodeaban. Por el contrario, disfrutaba profundamente de ver a los demás alcanzar sus metas y de contribuir a su bienestar. En el trabajo, sus compañeros lo veían como una figura de apoyo, alguien que siempre estaba dispuesto a colaborar y a brindar su ayuda cuando era necesario. Para Ricardo, el éxito de otros no era motivo de envidia, sino de satisfacción, y ver a sus seres queridos prosperar le daba una alegría sincera y genuina.

Capítulo 7

Uno de los rasgos más notables de Ricardo era su disposición para ayudar de manera desinteresada. Aunque no siempre expresaba abiertamente sus intenciones, estaba atento a las necesidades de los demás y hacía lo posible por brindar su apoyo, ya fuera con un consejo, con una tarea o simplemente con su presencia. Sus actos de generosidad eran sutiles, pero significativos, y aquellos que lo conocían sabían que podían contar con él en los momentos difíciles. Esta disposición a ayudar sin esperar nada a cambio era una expresión de su carácter humilde y de su compromiso con los valores que había aprendido desde pequeño.

La relación de Ricardo con el tiempo también era peculiar. Vivía con una sensación de calma que contrastaba con la prisa del mundo moderno. Para él, cada momento tenía un propósito, y su manera de abordar la vida reflejaba una profunda apreciación por el presente. Este enfoque lo hacía especialmente hábil para encontrar belleza y significado en lo cotidiano, desde un atardecer hasta una conversación tranquila en el patio. En su hogar, su personalidad era una fuerza tranquilizadora. No necesitaba palabras para transmitir su amor y cuidado; sus acciones hablaban por sí mismas. Ya fuera ayudando con tareas domésticas, compartiendo una comida en familia o simplemente estando presente, su forma de ser creaba un ambiente de armonía y seguridad.

Sin embargo, su timidez también le ocasionaba ciertas limitaciones, especialmente cuando deseaba expresar algo importante o defender sus propias ideas. A menudo, evitaba las confrontaciones y prefería mantener la paz antes que imponer su opinión. Aunque su voz era suave y sus palabras cautelosas, cuando lograba superar su reserva y hablaba con firmeza, los demás escuchaban atentamente. En esos momentos, Ricardo dejaba ver una fortaleza interna que sorprendía a quienes lo rodeaban y que revelaba un lado de su personalidad que no siempre estaba a la vista.

La relación con sus hijos fue uno de los ámbitos donde Ricardo logró superar, en gran medida, su timidez. Con ellos, podía ser él mismo, sin filtros ni reservas, y encontraba una forma de expresar sus sentimientos de manera más abierta y genuina.

Capítulo 7

La paternidad le ofreció una oportunidad de conectar con otros desde un lugar de autenticidad y de amor incondicional, y en su hogar, Ricardo dejó de lado las barreras que a menudo le imponía su carácter reservado. En esos momentos de cercanía con su familia, mostraba un lado de su personalidad más cálido y accesible, uno que sus hijos y Poupée siempre recordaron con cariño.

Ricardo también encontraba satisfacción en los logros de su familia, y su apoyo era constante, aunque silencioso. Observaba con orgullo los éxitos de sus hijos y de su esposa, y aunque no siempre expresaba abiertamente su alegría, su mirada y sus gestos dejaban claro cuánto le importaban sus seres queridos. Disfrutaba viendo cómo cada uno de ellos encontraba su propio camino y lograba sus propias metas, y sabía que, aunque él no fuera una persona de muchas palabras, su apoyo y su amor siempre estarían presentes en cada paso que dieran.

En definitiva, la personalidad de Ricardo era una combinación de fuerza y de discreción, de ternura y de reserva. Su carácter lo llevó a vivir una vida de compromiso y de humildad, una vida donde cada acción y cada decisión reflejaban los valores que más apreciaba: la generosidad, la honestidad y el amor por los suyos. Aunque su timidez a veces lo limitaba, Ricardo dejó una huella profunda en su familia y en quienes lo conocieron. Su vida fue un testimonio de que la grandeza no siempre se encuentra en los actos grandilocuentes, sino en los gestos pequeños y consistentes que reflejan el amor, la dedicación y la integridad.

- EL COLOR DE SUS HORAS -

Obsesos
recorremos el andén
olvidados de los trenes
sin ver
en un extremo al niño
que levanta su mirada
pidiendo
estrellitas de auroras
a su tiempo.

Pero
seguimos vacíos de arterias
en nuestra aventura de cenizas,
con torres deshabitadas
ocultando
las raíces del destello.

Sin embargo
está vuelto
su rostro a un espejo
porque
quiere vencer el miedo
para llegar a la flor
y ser
con su pequeña voz,
incendio azul
para el jardín
de sus tibias manos.
¿Encontrará un día
el color de sus horas
junto al beso?

Capítulo 8: El '76 y Sus Consecuencias

El 24 de marzo de 1976, Argentina vivió uno de los momentos más oscuros de su historia reciente con el inicio de un golpe militar que instauró una dictadura sangrienta y represiva. Este no fue el primer golpe militar en el país; desde 1930, la inestabilidad política había derivado en varias intervenciones militares, que interrumpían y aplastaban cualquier proyecto democrático en nombre de un supuesto orden que, en realidad, nunca llegaba a materializarse. Sin embargo, el golpe de 1976 fue distinto, tanto por la ferocidad con la que se llevó a cabo como por las consecuencias devastadoras que trajo para la sociedad argentina.

Los militares, justificando sus actos con el discurso de salvar a la nación de la "subversión", iniciaron una campaña de terror en la que la violación de derechos humanos fue sistemática. Bajo esta excusa, se implementaron políticas de represión que afectaron a miles de personas, muchas de las cuales fueron detenidas sin juicio, torturadas y, en un gran número de casos, desaparecidas. Las cifras exactas de esta tragedia aún se debaten, pero se estima que más de 30.000 personas fueron víctimas de la desaparición forzada, un fenómeno que marcaría profundamente la historia y la memoria de Argentina.

Para Ricardo, este golpe militar representó no solo un cambio en el contexto político del país, sino una amenaza tangible que llegaba hasta las puertas de su propia familia. Aunque su vida siempre había sido de bajo perfil, los eventos de esos años hicieron que, incluso los ciudadanos más comunes, vivieran con una sensación de miedo y de incertidumbre. Las historias de personas que desaparecían de un día para otro eran cada vez más frecuentes, y los rumores de persecuciones y de secuestros se esparcían rápidamente, llenando de miedo los hogares argentinos.

Capítulo 8

El terror no era una sombra distante; estaba presente en cada esquina, en cada conversación susurrada, en cada mirada de preocupación.

- DONDE NO HAY POESÍA -

Sepultados,
inertes,
aquí entre las manos
arrastradores de ausencias,
oscuros mendingantes
de horas,
en la espalda de la luz
con la sombra.
En la boca sin palabras,
con la condena,
en la acostada tarde
de la bruma,
para no seguir
o seguir
en la distancia
de las flores vencidas,
con el desamparo
hecho
de luces apagadas,
sin ritmos
ni alas
ni música...
solo un crepúsculo hueco
con los corazones
sin versos.

El contexto político argentino y el peronismo

Para entender el golpe de 1976 y su impacto en la sociedad argentina, es fundamental retroceder varias décadas y analizar el complejo escenario político que marcó al país entre los años 1950 y 1970. Este período estuvo profundamente influenciado por Juan Domingo Perón y el surgimiento del peronismo, un movimiento que transformó la política y la cultura argentina. Desde su llegada al poder en 1946, Perón impulsó políticas sociales y laborales que mejoraron significativamente las condiciones de vida de las clases trabajadoras. La creación de sindicatos fuertes, el acceso a derechos inéditos y la mejora de los beneficios laborales consolidaron un apoyo masivo entre los sectores populares, que veían en él un líder comprometido con su bienestar.

Sin embargo, su estilo de gobierno autoritario y su constante confrontación con sectores de poder, como el ejército, la iglesia y las élites económicas, generaron tensiones que polarizaron a la sociedad. Esta división desembocó en su derrocamiento en 1955 y su posterior exilio, pero lejos de desaparecer, su figura se convirtió en un símbolo de resistencia para sus seguidores. En 1973, Perón regresó al país y asumió nuevamente la presidencia en un contexto de creciente radicalización política y social. Su muerte en 1974 dejó un vacío de poder que exacerbó la crisis económica, la violencia entre grupos extremistas y la desestabilización del gobierno. Fue este escenario caótico el que los militares aprovecharon para justificar el golpe de 1976.

La dictadura que se instaló tras el golpe estuvo marcada por una represión sistemática conocida como la "guerra sucia". Bajo el pretexto de combatir a los "enemigos internos", los militares persiguieron, detuvieron y desaparecieron a miles de personas. Este clima de miedo y violencia no distinguía entre opositores activos al régimen y ciudadanos comunes, lo que provocó que muchas familias vivieran en un estado de constante incertidumbre y vulnerabilidad. Para Ricardo, este contexto representaba una mezcla de temor e impotencia. Aunque intentaba mantener a su familia al margen de los riesgos, el ambiente opresivo era ineludible, y cada día estaba cargado de tensión.

Ricardo, como tantos otros, aprendió a medir cada palabra, consciente de que incluso las conversaciones más triviales podían tener consecuencias inesperadas. La desconfianza impregnaba todos los aspectos de la vida cotidiana, y mantener un bajo perfil era esencial para sobrevivir. Sin embargo, el miedo no le impidió reflexionar sobre las injusticias que observaba a su alrededor. A pesar de su carácter reservado, sentía una profunda indignación ante las historias de abuso y violencia que llegaban a sus oídos, muchas de ellas provenientes de personas cercanas.

El peronismo seguía siendo un tema relevante en este contexto, tanto por su papel histórico como por las divisiones que había generado en la sociedad. Para Ricardo, el movimiento representaba un fenómeno complejo: por un lado, admiraba los logros sociales que habían mejorado la vida de los trabajadores, pero por otro, era consciente de las tensiones y controversias que habían acompañado a la figura de Perón y a su legado. En medio de un país fracturado, Ricardo reflexionaba sobre cómo las aspiraciones de justicia y dignidad podían coexistir con las contradicciones inherentes de una nación profundamente dividida.

A pesar del miedo y las limitaciones que imponía la dictadura, Ricardo encontró una forma de resistir en los valores que consideraba esenciales: la justicia, la libertad y la unidad familiar. Estos principios se convirtieron en su refugio frente a la incertidumbre, y aunque su capacidad de acción estaba restringida, buscaba proteger lo que más valoraba. Con el tiempo, entendió que incluso en los momentos más oscuros, la dignidad y el esfuerzo por mantener vivos esos valores podían marcar una diferencia, tanto en su vida como en la de quienes lo rodeaban.

La experiencia de vivir bajo un régimen opresivo dejó una marca indeleble en Ricardo. El miedo, la prudencia y el dolor por las injusticias se mezclaban con una profunda necesidad de preservar la esperanza. Sabía que el peso de la dictadura no solo recaía en quienes eran perseguidos directamente, sino también en aquellos que, como él, vivían cada día enfrentando el desafío de mantener la humanidad y la resiliencia en un contexto diseñado para quebrarlas.

La visión de Ricardo hacia el peronismo y su perspectiva política

La postura de Ricardo frente al peronismo era compleja y matizada, alejada de los extremos que tan comúnmente dividían a la sociedad argentina. Mientras muchos se posicionaban con fervor absoluto a favor o en contra, Ricardo mantenía una visión reflexiva y reservada. Reconocía los avances sociales logrados bajo el gobierno de Juan Domingo Perón, especialmente en términos de justicia social y derechos laborales, pero no compartía el fervor casi religioso que algunos seguidores demostraban. Como hombre de principios, valoraba profundamente la justicia y la igualdad, pero prefería una aproximación más equilibrada, sin dejarse llevar por pasiones desbordadas.

Un episodio que ilustraba su carácter independiente ocurrió tras la muerte de Eva Perón en 1952, cuando el país entero fue sumido en un luto oficial. Durante este período, se estableció que los trabajadores debían portar una corbata negra como señal de respeto. Ricardo, en un acto de discreta rebeldía, decidió usar una corbata roja, simbolizando su rechazo a la imposición de uniformidad en las expresiones de duelo. Este gesto, aunque aparentemente menor, generó tensiones en su entorno laboral. Para evitar mayores conflictos y gracias al conocimiento que tenían de su carácter en el hospital, fue trasladado temporalmente a trabajar en el área de anatomía patológica, donde la circulación de personas era mínima.

Más allá de los acontecimientos puntuales, Ricardo encontraba en el Partido Socialista un espacio para discutir sus ideas políticas de manera más serena y centrada. Admiraba profundamente a Alfredo Palacios, primer diputado socialista de América Latina, y veía en él un modelo de compromiso político basado en la ética y el bienestar de la comunidad. También sentía una gran admiración por Arturo Illia, a quien consideraba un ejemplo de liderazgo honesto, austero y dedicado al servicio público. Estas figuras representaban para Ricardo la posibilidad de una política centrada en el respeto, la moderación y el trabajo por el bien común, alejándose de la polarización que caracterizaba al peronismo y a otros movimientos de la época.

En las reuniones del Partido Socialista, Ricardo encontraba un espacio para intercambiar ideas y reflexionar sobre la situación del país sin caer en los extremos. Aunque nunca se involucró de manera intensa en la militancia, estas reuniones le permitían mantenerse informado y participar en discusiones sobre los temas que afectaban al país. Su perfil bajo y su carácter introspectivo lo llevaban a adoptar un rol más observador que protagónico, pero siempre con un interés genuino en contribuir al diálogo y al entendimiento.

A lo largo de los años, Ricardo se mantuvo crítico y balanceado frente a los distintos gobiernos y movimientos que surgían en Argentina. Aunque no compartía completamente la visión peronista, reconocía los méritos de algunos de sus logros, al tiempo que observaba con preocupación las divisiones que estas políticas generaban en la sociedad. Inspirado por líderes como Palacios e Illia, su visión política estaba profundamente anclada en la búsqueda de justicia, libertad y equilibrio. Para Ricardo, la política no debía ser un campo de enfrentamientos irracionales, sino una herramienta para construir una sociedad más equitativa y solidaria.

La desaparición de la gente en la dictadura

Con la llegada de la dictadura en 1976, la represión se convirtió en una herramienta sistemática de control y de eliminación de cualquier oposición real o percibida. En un intento de "reordenar" el país y de erradicar la supuesta "subversión", el régimen implementó una política de terror que incluía la detención arbitraria, la tortura y la desaparición forzada de miles de personas. A través de estos métodos, el gobierno militar sembró el miedo en la sociedad, eliminando cualquier espacio para la disidencia y creando una atmósfera en la que nadie estaba seguro.

Las desapariciones se convirtieron en una de las prácticas más atroces de este período. Los detenidos eran llevados a centros clandestinos donde eran sometidos a torturas inimaginables. Familias enteras perdían el rastro de sus seres queridos, quienes simplemente dejaban de existir en los registros oficiales.

Capítulo 8

La desaparición forzada no sólo buscaba eliminar a quienes se oponían al régimen, sino también generar un clima de incertidumbre y de temor que paralizara a la sociedad. El mensaje era claro: cualquiera podía ser un objetivo, y nadie estaba a salvo en el clima de sospecha y de represión.

Para Ricardo, estos años fueron un tiempo de constante tensión y de dolor silencioso. Sabía de vecinos y conocidos que habían desaparecido sin dejar rastro, y las historias de detenciones y de torturas llegaban a sus oídos como un eco aterrador. Aunque él intentaba mantenerse alejado de cualquier actividad que pudiera ser percibida como subversiva, la sensación de inseguridad era palpable. La idea de que alguien pudiera ser llevado en medio de la noche, sin explicación ni justicia, llenaba a Ricardo de indignación y de impotencia.

Los militares justificaban sus actos argumentando que la "guerra sucia" era necesaria para eliminar a aquellos que amenazaban la estabilidad del país. Sin embargo, esta campaña de terror afectaba indiscriminadamente a personas inocentes, cuyo único "crimen" había sido expresar ideas contrarias al régimen o simplemente estar en el lugar equivocado en el momento equivocado. La brutalidad de estas prácticas y el dolor de las familias que quedaban sin respuestas dejaron cicatrices imborrables en la sociedad argentina y en la vida de quienes, como Ricardo, tuvieron que enfrentar la tragedia de manera directa.

A lo largo de esos años, Ricardo sentía que el país en el que había crecido y al que tanto amaba se había transformado en un lugar hostil y desconocido. La confianza que alguna vez había tenido en las instituciones y en la justicia se desmoronaba ante la crueldad de un régimen que no dudaba en pisotear los derechos humanos en nombre de un orden falso. En su corazón, Ricardo sentía que la Argentina que él conocía y valoraba había sido arrebatada por una maquinaria de terror que dejaba a su paso desolación y dolor, una herida que nunca podría sanar completamente.

Cómo lo afectó a Ricardo

Para Ricardo, la dictadura militar no fue solo una fase oscura de la historia de Argentina, sino una experiencia profundamente personal que lo sumió en un dolor que nunca podría olvidar. La represión y el clima de miedo de esos años golpearon su vida directamente con la desaparición de sus sobrinos, Norma y Daniel, y su sobrino segundo Eduardito Bonelli. Cada uno de ellos representaba, para Ricardo, algo invaluable: la esperanza, el espíritu joven de cambio y, sobre todo, el amor familiar que siempre había defendido y que ahora se veía destrozado por el terror del régimen.

Norma era una joven con un carácter apasionado y comprometido. Desde pequeña había demostrado interés en causas sociales y un sentido de justicia que la impulsaba a involucrarse en actividades políticas y a apoyar las luchas de su generación. Para Ricardo, su sobrina simbolizaba una valentía poco común y un idealismo que él respetaba profundamente. Sin embargo, en el contexto de la dictadura, esta misma determinación la colocó en una situación de peligro. Norma fue detenida una noche, sin que mediara una explicación ni un aviso a su familia. La desaparición de su sobrina fue para Ricardo un golpe devastador. El dolor de no saber qué le había sucedido, de no poder encontrarla ni ayudarla, lo llenó de una impotencia que le costaba expresar.

Por su parte, Daniel compartía con su hermana un espíritu de inquietud y compromiso, aunque su participación política era inexistente. Era un joven pensativo y reflexivo, alguien que observaba el mundo con una mezcla de curiosidad y deseo de cambio. Aunque intentaba mantenerse al margen de las actividades más comprometidas, el régimen no distinguía entre diferentes grados de implicación. Fue interceptado por agentes del gobierno y llevado sin explicación, dejando un vacío insondable en el corazón de su familia. La pérdida de Daniel fue otro golpe para Ricardo, quien no podía comprender cómo un joven lleno de promesas podía desaparecer en la vorágine de la represión sin dejar rastro alguno.

Capítulo 8

Además de Norma y Daniel, Eduardito Bonelli, el hijo de su prima Adita, también fue víctima del régimen, afortunadamente lo dejaron salir después de unas semanas. Aunque no estaba directamente involucrado en actividades políticas, fue arrestado durante una redada, un acto aleatorio e injusto que dejó a Ricardo destrozado. Eduardito representaba para él la inocencia, alguien que no merecía en absoluto convertirse en objetivo del régimen. Su desaparición le demostró a Ricardo que el terror de esos años no respetaba a nadie y que la brutalidad del régimen se extendía incluso hacia aquellos que simplemente estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado.

La desaparición de estos tres jóvenes dejó una huella imborrable en la vida de Ricardo y en toda su familia. Los días se volvieron un tormento constante, y el hogar, que alguna vez había sido un refugio de paz y amor, se convirtió en un espacio de silencio y de temor. Las conversaciones se volvieron escasas y cada palabra debía ser cuidada, ya que cualquier comentario imprudente podría atraer sospechas. En medio de esta realidad, Ricardo intentaba mantener la calma, sobreponerse al dolor y proteger a su familia, pero cada día sentía el peso de la incertidumbre y del miedo.

Ricardo estableció un sistema de comunicación cuidadosa con sus familiares más cercanos, con el objetivo de mantenerlos informados y de tomar precauciones ante cualquier situación que pudiera ponerlos en peligro. Estas conversaciones, que alguna vez fueron espontáneas y llenas de alegría, se convirtieron en intercambios breves y medidos. Ricardo vivía en una constante vigilancia, consciente de que cualquier descuido podía poner en riesgo a su familia. La desaparición de sus sobrinos le había enseñado la gravedad de la situación, y, aunque intentaba mostrar fortaleza, la angustia de no tener respuestas lo consumía en silencio.

A pesar de su carácter reservado, Ricardo halló en su esposa, Poupée, y en sus hijos un consuelo tenue pero valioso. Junto a Poupée compartía sus pensamientos más profundos y las preocupaciones que lo atormentaban día a día. Ambos se apoyaban mutuamente, intentando encontrar fuerzas para seguir adelante en un país donde la seguridad era una ilusión.

Capítulo 8

Ricardo, que siempre había defendido los valores de la justicia y la bondad, comenzó a cuestionar la naturaleza de un sistema que permitía semejantes atrocidades. Su visión del mundo se tornó sombría, y aunque mantenía su fortaleza exterior, su alma estaba herida por una tristeza que pocas veces verbalizaba.

La desaparición de sus seres queridos también generó en Ricardo un cambio en su percepción de la realidad. Antes de estos eventos, él había creído en la bondad de las personas y en el poder de la verdad. Sin embargo, vivir en un contexto donde el abuso y la represión eran moneda corriente lo hizo replantearse muchas de sus convicciones. Sentía una mezcla de impotencia y de indignación que lo acompañaba todos los días, y su tristeza se reflejaba en los gestos y en la mirada. La experiencia de la dictadura lo llevó a entender la vulnerabilidad de los derechos humanos y el impacto devastador que un régimen autoritario podía tener en la vida de las personas comunes.

La relación de Ricardo con sus hijos también se vio afectada por estos eventos. Aunque intentaba protegerlos del miedo que él mismo sentía, sus hijos percibían la tensión y la preocupación que inundaban el hogar. Ricardo hacía lo posible por enseñarles a cuidarse, a ser prudentes y a valorar la seguridad, pero no podía evitar que la situación del país permease sus vidas. En esos años, Ricardo se volvió aún más protector, consciente de que cualquier pequeño error podía tener consecuencias desastrosas. Sus hijos crecieron en un ambiente de cautela y de temor, y Ricardo lamentaba profundamente que tuvieran que vivir en un contexto tan hostil.

Con el paso del tiempo, el dolor y la indignación se convirtieron en parte de la vida de Ricardo, un trasfondo constante que jamás desaparecería por completo. La dictadura le había arrebatado a sus seres queridos y le había mostrado el lado más oscuro de la naturaleza humana, dejándolo marcado de una forma que ni siquiera él podía expresar del todo. Cada día, al recordar a Norma, a Daniel y a Eduardito, sentía que una parte de sí mismo se había perdido junto a ellos. Sus nombres y sus rostros quedaban grabados en su memoria, como una prueba dolorosa de la injusticia y de la crueldad que, sin quererlo, había invadido su vida y la de su familia.

Capítulo 8

- SR. OBISPO -

El Sr. Obispo
tiene en su cabeza
un gorro púrpura,
también las manos
son rojizas,
rojizas de sangre
la de miles de niños
masacrados por el
amo verde.
Pero el Sr. Obispo
sonríe
y se inclina compaciente;
tiene parte en el botín,
y también reza
por los desaparecidos
para engaño de los pobres,
y reparte bendiciones
a los generales;
todos amigos,
todos contentos.
Los niños han muerto
asesinados...
el Señor Obispo sonríe,
dirá: "Dios así lo quiso";
los generales sonríen...
y los Obispos...
Dios con una lágrima.

-A DANIEL (Niño Ángel) -

Quería ser canto
tejer los ocultos sueños
de las rocas,
las mañanas amistosas,
la claridad del Alba,
vestir el lucero

Capítulo 8

con los ojos.
Quería ser horas,
navegar la brisa
sentir en el rostro
el color de la azucena.

Quería
ser hijo,
celebrar las manos
trazar las huellas,
encontrar la forma,
habitar la esperanza
y la fantasía de las flores.

Quería ser niño
seguir siendo risa...
Quería...quizás quería...
pero "UN SUPREMO"
lo convirtió en ángel.

- A NORMITA (mártir) -

Tú y tu tiempo
lleno de voces
del ayer, de hoy,
de angustias vencidas,
de serena sonrisa.

Tú, todos...
y el porqué.
[La pregunta muda]
Porqué en mis ojos,
en mis llagas...
Con mi corazón alto
busco la estrella
donde habita
la esperanza y el regreso;
Hacia donde van
los días del tiempo
sin horas,

Capítulo 8

la boca sin sed
y el llanto olvidado.
Allí espero
allí vendrán,
allí estaremos,
todos
verticales,
sin vigili-
as,
eternos
en la sonrisa del viento.

- DIOS - ERES? -

"Que dices TU,
Creador No Creado".
Es cierta tu realidad irreal
o solo eres
la fantasía desesperada
de seres inconexos?
¿Por qué antes del límite señalado
y en la zigzagueante huella
que marcas,
hay sembradas tantas noches
y tan escasas primaveras?
No oye tu alma
el casi constante
sentido universal
de los sumisos.
¿No sientes tristeza
por lo hecho
o por lo dado?
O es que solo
viven sombras
en el hueco de un abismo
sin estrellas.
¡Y di, TU!
¿Después del borde
ciertamente

Capítulo 8

brotará la luz
y florecerá el tiempo oscuro?
¿Las antiguas manos,
aquellas que vistieron
nuestras sienes de bondad,
estarán
en las horas de un encuentro
infinito y sin arenas?
"Si estás - si existes"
debes decirlo,
pero fuerte
para que se oiga
en el gran espacio
de la esperanza humana...
Pero también
reduce aquí las angustias
y las torcidas pasiones
que acongojan las praderas.
¡Y es necesario que lo hagas
cuanto antes
o caerás en el olvido
o el rechazo
para Ser...
"Si en verdad Eres"
un desterrado
de tu propia Creación.

Capítulo 9: Transición Entre el Golpe Militar a la Jubilación

Con el retorno a la democracia en Argentina en 1983, tras años de dictadura, la sociedad experimentaba una mezcla de esperanza y cautela. La caída del régimen militar y el juicio a sus responsables marcaron el inicio de un proceso de sanación y reconstrucción para un país que había sufrido años de terror y represión. Para Ricardo, este cambio de época representaba una oportunidad de alivio y de reconciliación con la idea de justicia que había sido mancillada durante el gobierno de facto. Argentina, con todas sus heridas aún frescas, trataba de volver a confiar en sus instituciones, en la libertad de expresión y en la posibilidad de un futuro diferente.

Sin embargo, el proceso de recuperación fue arduo y lento. La democracia trajo consigo una economía debilitada, una sociedad fracturada y una necesidad urgente de encarar los problemas que el régimen militar había dejado. En este clima, Ricardo se esforzaba por comprender y adaptarse a la realidad cambiante. Si bien su vida cotidiana ya no estaba marcada por el miedo constante, las cicatrices de los años de dictadura no desaparecerían fácilmente. Para él y su familia, la recuperación de Argentina era también una oportunidad para retomar ciertas libertades y sueños que habían sido aplastados por la represión.

Ricardo observaba estos cambios desde su rol de médico y desde su vida familiar, tratando de aprovechar el resurgimiento de la libertad para consolidar sus valores y enseñarlos a sus hijos. Al mismo tiempo, veía en este renacer de la democracia una oportunidad de contribuir de manera activa y positiva a la sociedad. Su profesión, su familia y su país enfrentaban transformaciones fundamentales, y él intentaba ser parte de ellas con la paciencia y la firmeza que siempre lo caracterizaron.

Ricardo el Médico

El compromiso de Ricardo con su trabajo en el hospital fue una constante a lo largo de su vida. En una época de transición para Argentina, su labor como médico se convirtió en un símbolo de estabilidad y de servicio. Ricardo, dedicado al área de Anatomía Patológica, brindaba atención con un nivel de detalle y de empatía que lo hacían destacar entre sus colegas. Aunque su especialidad no implicaba el trato directo con pacientes, la precisión y el cuidado que ponía en su trabajo reflejaban su profundo respeto por la vida humana.

Durante los años setenta y ochenta, la medicina y los recursos en los hospitales públicos estaban en proceso de cambio, con tecnología limitada pero con un esfuerzo constante por adaptarse a las nuevas demandas. Ricardo trabajaba en un contexto donde los instrumentos médicos, aunque básicos en comparación con los de décadas posteriores, representaban lo mejor que el sistema público de salud podía ofrecer en ese momento. La microscopía, las biopsias manuales y los análisis minuciosos en laboratorio eran parte del día a día de Ricardo, quien empleaba estos instrumentos con un profesionalismo que sus colegas valoraban enormemente.

Su respeto por el detalle y su sentido del deber lo llevaron a ser una figura respetada en el hospital, donde su dedicación y compromiso eran evidentes para quienes trabajaban junto a él. Los colegas de Ricardo admiraban su paciencia y su meticulosidad. Era conocido por no apresurarse en ningún análisis y por su voluntad de revisar cada detalle para asegurar un diagnóstico preciso. Este compromiso con la precisión y el rigor era una cualidad que sus compañeros valoraban profundamente, ya que sabían que en sus manos el trabajo sería llevado a cabo con esmero y responsabilidad.

A lo largo de estos años, Ricardo también fue partícipe de una investigación en el hospital que buscaba mejorar el diagnóstico y tratamiento de ciertas enfermedades a través de innovaciones en la patología.

Esta investigación, en la que participaban otros médicos del área, no solo implicaba su conocimiento profesional, sino también su deseo de contribuir al avance de la medicina en su país. Ricardo veía en esta oportunidad una forma de devolverle algo a la sociedad y de contribuir al futuro del hospital. Aunque los recursos para la investigación eran limitados, el entusiasmo de Ricardo y del equipo les permitía avanzar poco a poco, convencidos de que su trabajo haría la diferencia.

Para Ricardo, su trabajo en el hospital no solo era una ocupación, sino también una vocación que reflejaba sus valores de integridad y compromiso con el bienestar de la comunidad. Sabía que, a través de sus esfuerzos, podía impactar de manera positiva en la vida de muchos, incluso si su especialidad no implicaba el trato directo con los pacientes. A través de los diagnósticos y las muestras que analizaba, contribuía de forma indirecta al tratamiento y al cuidado de quienes confiaban en el sistema de salud.

Su labor también implicaba sacrificios. Los horarios en el hospital eran extensos y las exigencias crecientes, especialmente en un contexto donde el sistema de salud enfrentaba constantes desafíos. A pesar de ello, Ricardo siempre encontraba una forma de equilibrar su trabajo con sus responsabilidades familiares. El respeto que había cultivado entre sus colegas le permitía también crear un ambiente de cooperación en el que todos compartían los mismos objetivos. Este ambiente de respeto y colaboración fortalecía el compromiso de Ricardo, quien sentía que su esfuerzo y dedicación ayudaban a sostener el sistema de salud en tiempos difíciles para el país.

Ricardo era consciente de que la medicina estaba en constante evolución, y aunque las herramientas con las que trabajaba no eran tan avanzadas como las de décadas posteriores, él encontraba en su equipo y en su conocimiento la motivación para continuar. Para él, el ejercicio de la medicina era también un aprendizaje continuo, una oportunidad de descubrir y de mejorar, tanto en el plano profesional como en el personal. Sabía que cada día traía consigo nuevos desafíos, pero también la posibilidad de contribuir de forma significativa a la vida de aquellos que dependían de sus diagnósticos.

Capítulo 9

La vocación de Ricardo por la medicina no sólo le otorgaba un propósito en su vida profesional, sino que también inspiraba a su familia. Sus hijos, que lo veían regresar del hospital con la satisfacción de haber cumplido con su deber, sentían el peso y la importancia de los valores de compromiso y servicio que su padre representaba. Poupée, quien siempre había apoyado a Ricardo en su carrera, entendía el significado profundo de su dedicación y respetaba los sacrificios que él hacía para cumplir con sus responsabilidades.

Así, Ricardo se convirtió en un pilar, no solo para su familia, sino también para la comunidad del hospital, donde su presencia era valorada como símbolo de integridad y de profesionalismo.



Ricardo y Poupée el día que la Provincia de Córdoba lo reconoció por sus 30 años de servicio

Ser Padrino

A lo largo de su vida, Ricardo desempeñó distintos roles, y uno de los más especiales para él fue el de ser padrino de dos de sus sobrinos. Este vínculo, más allá de la mera formalidad religiosa, representaba una relación de afecto y de responsabilidad hacia ellos. Ricardo veía en este papel una oportunidad de estar presente en sus vidas, de guiarlos y de brindarles el

Capítulo 9

mismo cariño y apoyo que él siempre había valorado en su propia familia. Convertirse en padrino lo llenaba de un sentimiento de orgullo, pero también de un compromiso profundo.

Uno de sus ahijados vivía en la misma ciudad, lo que permitía que Ricardo lo visitara con cierta frecuencia. Durante estas visitas, su cercanía y calidez se hacían evidentes. Solía escuchar con atención sus historias, interesarse por sus estudios y alentarlos a perseguir sus sueños. Con los años, Ricardo se convirtió en una figura de confianza, en alguien con quien su ahijado podía compartir sus inquietudes y alegrías. Para Ricardo, estos encuentros eran un momento de escape de la rutina diaria y una oportunidad para nutrir un vínculo familiar que él consideraba invaluable. Ignacio, conocido como Nacho, lo consideraba un modelo de humildad, honestidad y dedicación. Veía en Ricardo a un protector y un ejemplo de padre, cuyos valores trascendían su propio hogar. Nacho encontraba inspiración en su manera de actuar y, en muchas ocasiones, reflexionaba sobre qué haría Ricardo al enfrentarse a decisiones importantes. Para él, seguir su ejemplo era una forma de honrar su legado.

La otra ahijada, Cristina, vivía en Río Cuarto, lo que implicaba una mayor distancia que dificultaba las visitas frecuentes. Sin embargo, siempre que se encontraban, Ricardo le brindaba un trato especial que fortalecía su vínculo. En sus encuentros familiares en Alpa Corral, un lugar cercano a Río Cuarto, Ricardo tenía una costumbre particular con ella: le pedía que dijera una palabra cualquiera, y a partir de esa palabra comenzaba a cantar o silbar un tango que la incluyera. Esta espontánea actividad solía provocar risas y se convertía en un momento de cómplice alegría entre ambos. Estas experiencias, aunque ocasionales, consolidaron una relación que Cristina atesoró profundamente, reconociendo en Ricardo a un padrino afectuoso y creativo.

Las anécdotas que compartía con sus ahijados eran memorias que quedaban grabadas en sus corazones. Una de las historias que Ricardo relataba con frecuencia era la de una salida al campo que compartió con uno de ellos. En esa ocasión, habían pasado el día explorando el terreno, buscando insectos y observando los pájaros, una actividad que

Capítulo 9

recordaba su propia niñez en Pampayasta. Ricardo veía en estos momentos la oportunidad de compartir sus raíces y de mostrar a sus ahijados la belleza de la naturaleza y de la sencillez, valores que él mismo había aprendido de joven.

Su papel como padrino lo enriquecía y le daba una satisfacción especial. En cada encuentro, Ricardo procuraba enseñarles a sus ahijados lo que significaba ser parte de una familia, a cuidar de quienes amaban y a valorar el tiempo juntos. Para él, ser padrino no era solo una responsabilidad, sino una extensión de su amor por su familia y su deseo de estar presente en las vidas de aquellos a quienes más quería. Cada palabra de aliento, cada consejo y cada gesto de cariño se convertían en un legado, una forma de asegurar que sus ahijados creciesen sabiendo que contaban con alguien que siempre estaría allí para ellos.



Ricardo con sus hermano y hermanas

La Vida Sigue

Durante aquellos años de transición, la vida de Ricardo continuaba de manera tranquila, marcada por los sacrificios y por la dedicación que él siempre había tenido hacia su familia. Aunque los tiempos eran complicados y los recursos escasos, Ricardo hacía todo lo posible por mantener el bienestar de los suyos, esforzándose cada día en el hospital y ahorrando hasta el último centavo para que su familia no careciera de nada esencial. Su hija, Dora, recordaba con cariño la manera en que sus padres se

Capítulo 9

esforzaban para hacer rendir el dinero, enseñándoles a valorar lo que tenían y a no tomar nada por sentado.

El equilibrio que Ricardo y Poupée mantenían en su matrimonio era admirable. A pesar de las dificultades, siempre lograban encontrar una forma de solucionar sus problemas sin grandes confrontaciones. Los valores de respeto y comprensión que habían construido a lo largo de los años eran un refugio al que ambos se aferraban en momentos de adversidad. Poupée y Ricardo compartían una visión de vida en la que el sacrificio y el esfuerzo por la familia eran fundamentales, y esta filosofía común los ayudaba a enfrentar las pruebas que la vida les presentaba con una calma y una serenidad que sus hijos observaban con admiración. Eran una verdadera unidad, inseparables en todas las facetas de la vida, apoyándose mutuamente y compartiendo cada alegría y cada obstáculo. Para quienes los conocieron, su relación simbolizaba el compañerismo ideal, esa conexión profunda que trasciende el tiempo y las dificultades. Ricardo y Poupée eran una pareja cuya armonía e inspirador compromiso dejaban una huella imborrable.

Uno de los golpes más duros que Ricardo enfrentó durante esta época fue la muerte de su gran amigo y conuñado Jorge Sabaini. Jorge había sido un compañero cercano, alguien con quien compartía no solo el gusto por largas charlas, sino también valores y perspectivas de vida. La pérdida de Jorge dejó un vacío en Ricardo, un dolor silencioso que lo afectó profundamente. Para él, la amistad con Jorge había sido una de esas relaciones que se cultivaban con paciencia, que perduraban a lo largo de los años y que se fortalecían con el tiempo. Ahora, con su partida, Ricardo sentía que una parte importante de su vida se desvanecía, aunque el recuerdo de su amistad seguiría acompañándolo siempre.

A pesar de las dificultades económicas y de las pérdidas, Ricardo no permitía que su ánimo decayera. Cada día era una oportunidad de mostrarles a sus hijos el valor de la resiliencia y de la persistencia. Poupée, quien siempre había sido su apoyo, encontraba en Ricardo la motivación para seguir adelante, y juntos, mantenían un hogar lleno de amor y de principios sólidos.

Capítulo 9

Su ejemplo se convertía en una guía para sus hijos, que crecían admirando la manera en que sus padres enfrentaban las adversidades con dignidad y fortaleza.

Ricardo y Poupée tenían una manera especial de enfrentar las dificultades, una especie de pacto silencioso que les permitía lidiar con cualquier obstáculo sin perder la calma. Los sacrificios que hacían no eran una carga, sino una muestra de su amor por su familia y del compromiso que ambos habían asumido desde el inicio de su vida juntos.

Así, entre los sacrificios y las alegrías, la vida de Ricardo avanzaba. La transición de Argentina a la democracia, las dificultades económicas y las pérdidas personales le habían enseñado a valorar cada momento y a aferrarse a sus convicciones con más fuerza que nunca. Para él, cada pequeño logro, cada sonrisa de sus hijos y cada instante compartido con su familia eran una prueba de que, a pesar de las dificultades, la vida siempre seguía adelante y que, en medio de todo, había razones para seguir creyendo en el futuro.

- LA VIDA QUE NOS TOCA -

Al amparo del tiempo
puso una señal
para encontrar las manos,
la extendió
sobre la hierba azul
con sus viejos y nuevos años
navegando
por el mismo surco
sin importar las horas.
Regresaba a la sombra
y amanecía de ocasos.
Confesiones de estrellas
palpitaban
más allá de los silencios.
El cielo

Capítulo 9

era un muro lleno
con ojos de paloma
para alumbrar el romance
que renacía del olvido.
Pájaro viajero
que nunca se fué
era eso,
es eso, la vida que nos toca.

La Tecnología

Durante los años setenta y ochenta, el desarrollo tecnológico transformó el día a día de las familias argentinas. Aunque la industrialización y los avances en tecnología de consumo habían sido lentos en décadas anteriores, Ricardo comenzó a notar cómo estos cambios llegaban poco a poco a su entorno. La vida cotidiana experimentaba mejoras, y, por primera vez, su familia accedía a comodidades que antes parecían imposibles. Para Ricardo, estos avances no solo significaban la comodidad de tener acceso a herramientas y artefactos que simplificaban las tareas diarias, sino también un símbolo del progreso y de un país que comenzaba a recuperarse después de épocas difíciles.

Entre los aparatos que llegaron a su hogar, la televisión fue uno de los más impactantes. Aunque al principio parecía un lujo distante, finalmente lograron hacerse con un televisor que, aunque pequeño y en blanco y negro, ofrecía una ventana al mundo exterior y entretenía a la familia en los momentos de descanso.

Ricardo, acostumbrado a una vida más simple, observaba con interés este aparato que permitía a sus hijos disfrutar de programas, noticias y eventos en tiempo real. La televisión, más que un objeto de entretenimiento, representaba para él un símbolo de conexión y de modernidad, algo que sus propios padres jamás habrían imaginado.

La llegada de electrodomésticos a su hogar también fue significativa. Los primeros años de matrimonio de Ricardo y Poupée habían estado marcados

por el esfuerzo manual y la falta de muchas comodidades modernas, pero la introducción de una lavadora, por ejemplo, facilitó en gran medida el trabajo en casa, especialmente para Poupée, quien se ocupaba de la mayoría de las labores domésticas. Estos cambios ayudaban a aliviar la carga de trabajo y permitían que la familia disfrutara de un poco más de tiempo libre para compartir. Ricardo valoraba especialmente el tiempo en familia, y estos avances le permitían dedicar más momentos a sus hijos y a sus propias aficiones.

La tecnología no solo modificó la vida doméstica, sino también la forma en que Ricardo veía el futuro. Sabía que, en las próximas décadas, sus hijos vivirían en un mundo completamente diferente al que él había conocido en su juventud. Este pensamiento lo llenaba de esperanza y, al mismo tiempo, de nostalgia. Por un lado, quería que sus hijos disfrutaran de las ventajas de un mundo en constante progreso; por otro, temía que las relaciones y los valores tradicionales se perdieran en la vorágine de los avances. Ricardo se esforzaba por inculcar en sus hijos la importancia del esfuerzo y el respeto, consciente de que la tecnología podía hacer la vida más fácil, pero que los principios fundamentales debían mantenerse intactos.

En el hospital, también notaba cómo la tecnología impactaba en su labor como médico. La llegada de nuevos equipos, aunque limitados en comparación con hospitales de otros países, ofrecía mejoras significativas en el diagnóstico y tratamiento de los pacientes. Ricardo observaba con curiosidad y respeto las innovaciones, tratando siempre de mantenerse actualizado y de comprender el funcionamiento de cada nueva herramienta.

A pesar de que algunas de las técnicas más avanzadas requerían un aprendizaje complejo, Ricardo nunca dejó de lado su empeño por seguir aprendiendo, consciente de que la medicina evolucionaba constantemente y que su responsabilidad como profesional implicaba adaptarse a estos cambios.

El Fantasma del Pasado

A pesar de la paz aparente en su vida, Ricardo no podía escapar de las sombras que la dictadura había dejado en su memoria y en su relación con la fe. Durante los años de represión, había presenciado cómo la Iglesia permanecía en silencio ante las desapariciones, y esta complicidad silenciosa le había causado una profunda decepción. Así, cuando su hija Dora se acercaba a la adolescencia y el esperado cumpleaños de 15, una tradición profundamente arraigada en la cultura, surgió un conflicto que Ricardo no había anticipado. La celebración incluía, por supuesto, la ceremonia religiosa en la que él debía confesarse, un paso que lo llenaba de reticencia y de amargura, ya que sentía que sus creencias se habían quebrado desde aquellos años oscuros.

Poupée, al percibir la tensión en su esposo y comprendiendo la importancia que este ritual tendría para su hija, intentó hablar con Ricardo. Para ella, la misa de cumpleaños no era solo un acto religioso, sino un símbolo del apoyo familiar y de los valores que deseaba que Dora valorara. Sabía que la resistencia de Ricardo iba más allá de un simple desacuerdo; era una lucha interna con las heridas del pasado. Sin embargo, estaba convencida de que este era el momento para intentar sanar, para dejar atrás los rencores y permitir que Dora celebrara su cumpleaños sin conflictos familiares.

En un momento de firmeza y comprensión, Poupée le planteó a Ricardo un ultimátum emocional. Le pidió que dejara de lado su resentimiento por el bien de su hija, recordándole que su negativa afectaría a Dora y que, aunque su fe personal se había visto comprometida, no debería permitir que esa herida del pasado interfiriera en un momento tan importante para su hija. Ricardo, quien raras veces se dejaba influir en asuntos que consideraba personales, encontró en las palabras de Poupée una razón para reflexionar.

La presencia de su esposa y su insistencia en la importancia de sanar viejas heridas le ofrecieron un nuevo punto de vista.

Capítulo 9

Finalmente, decidió acudir a su párroco. La conversación que mantuvieron fue intensa y catártica para Ricardo. Expresó su dolor y su decepción por la iglesia al contarle que fue un cura quien delató a su sobrina, que por culpa de esto había perdido su respeto y confianza. El párroco, un hombre comprensivo y consciente de la realidad de aquellos tiempos, escuchó con paciencia y le ofreció una visión de reconciliación. Le recordó que, aunque la institución había fallado en muchas ocasiones, el verdadero espíritu de la fe residía en la capacidad de perdonar y de mantener la esperanza en algo superior. Este intercambio calmó de alguna manera el conflicto interno de Ricardo, quien, sin olvidar su decepción, comenzó a ver la posibilidad de dejar ir parte de su resentimiento.

Con el apoyo de su esposa y después de haber compartido sus inquietudes, Ricardo decidió confesarse y participar plenamente en la misa de cumpleaños de Dora. Su acto no fue simplemente una decisión religiosa; fue un símbolo de superación personal y de amor hacia su familia. Aquel momento, aunque difícil, marcó un cambio en su vida, permitiéndole liberar parte de la carga que llevaba consigo y redescubrir una forma más pura y sencilla de fe, una fe que no necesitaba ser perfecta, pero que podía coexistir con su experiencia de vida.

El cumpleaños de Dora fue celebrado con la dignidad y alegría que Poupée había imaginado, y Ricardo, al ver la felicidad en el rostro de su hija, comprendió que su sacrificio había valido la pena. Aunque su relación con la Iglesia no sería nunca la misma, esa decisión le permitió cerrar un ciclo de dolor y mirar hacia adelante con un corazón un poco más ligero. Para él, aquel acto representaba una reconciliación, no solo con la fe, sino también con el hombre que deseaba ser para su familia: un ejemplo de fortaleza, de superación y de amor incondicional.



Dora y Ricardo bailando en el cumpleaños de quince de su "pequeña flor"

- DORITA (MAYO, 20 ENSUEÑOS) -

El cristal
acunó su tiempo
en la esquina del rubor.
Y eres tú,
"la pequeña flor"...
un presente
de mariposa blanca
en el misterio
de la plenitud sin sombras.
(Rostro de oración).
Tú
y veinte estrellas
en el ritmos de las alas,
en el perfil
de la amapola
en la raíz
de tus ensueños.

Capítulo 10: La Jubilación y Como la Vivió

La jubilación en el campo de la medicina no era solo un cambio en la rutina laboral; representaba un profundo ajuste en la vida de aquellos que habían dedicado décadas al cuidado de otros. Para un médico como Ricardo, retirarse significaba abandonar una vocación que había sido parte esencial de su identidad. En Argentina, el retiro para los profesionales de la salud solía ocurrir a una edad en la que, a pesar de su experiencia acumulada, se comenzaban a sentir las limitaciones de la edad. Los trámites de jubilación eran largos y complejos, un proceso que incluía papeleo y una serie de evaluaciones que requerían paciencia, algo que muchos profesionales, después de una vida de servicio, sentían como una prueba final antes de descansar.

En el caso de Ricardo, quien había trabajado con esmero y devoción, dejar su labor como médico no fue sencillo. La medicina había sido su vida, y no podía concebir el futuro sin su rutina diaria en el hospital, sin los colegas con quienes había compartido innumerables experiencias y, sobre todo, sin el sentido de propósito que le brindaba su trabajo. La idea de jubilarse no solo lo llenaba de incertidumbre, sino que le producía un sentimiento de desarraigo. Aun cuando el retiro era algo inevitable, su amor por la medicina le hacía desear seguir contribuyendo, aunque fuera en menor medida.

Su Jubilación

Ricardo siempre había imaginado que continuaría trabajando más allá de la edad común de jubilación. Su dedicación a la medicina y su deseo de mantenerse activo lo llevaban a pensar que podía seguir colaborando en el hospital en tareas menos exigentes. Su salud, aunque comenzaba a mostrar signos de desgaste, todavía le permitía cumplir con sus

obligaciones, y la idea de alejarse de su rol le resultaba difícil de aceptar. Sin embargo, sus superiores y colegas, preocupados por su bienestar, comenzaron a sugerirle que considerara la jubilación como una forma de descansar y disfrutar de su vida familiar.

La situación económica de la familia también influyó en la decisión. A pesar de los años de trabajo, Ricardo no contaba con una gran estabilidad financiera. La jubilación implicaba un ajuste considerable en sus ingresos, y aunque había ahorrado lo que podía, sabía que sería difícil mantener el mismo nivel de vida. No obstante, Poupée, con su acostumbrada calma y sabiduría, lo apoyaba en esta transición, asegurándole que juntos encontrarían la manera de adaptarse. Para ella, la salud y el bienestar de Ricardo eran más importantes que cualquier preocupación económica, y estaba dispuesta a hacer lo necesario para que él aceptara la jubilación sin sentirse un peso para su familia.

La presión de sus colegas, quienes le insistían en que debía aprovechar los años que le quedaban para descansar y disfrutar de su familia, se sumó a los argumentos de Poupée. Finalmente, Ricardo accedió y comenzó el largo trámite de jubilación. Aquel proceso burocrático, que en otros tiempos le habría parecido una formalidad sin importancia, ahora lo afectaba profundamente, marcando el fin de una etapa a la que no quería renunciar. Cumplió con cada paso, presentó los papeles necesarios y, con cada firma, sentía cómo se acercaba el final de su vida profesional.

El día en que se retiró del hospital fue especialmente emotivo. Sus compañeros, conscientes de su dedicación y de los años de servicio, organizaron una pequeña despedida en la que le agradecieron por su labor y por el apoyo que siempre había brindado a quienes trabajaron a su lado. Ricardo, conmovido, intentó contener las emociones, aunque no pudo evitar que los recuerdos se apoderaran de él. Recordaba sus primeros años en el hospital, las largas jornadas, los momentos difíciles y las satisfacciones que había encontrado en su carrera. Durante esas décadas, había compartido su trabajo con colegas como el Dr. Stutz, el Dr. Nores, Irupé y Zulma, cuyas contribuciones y amistad quedaban grabadas en su memoria como

Capítulo 10

parte de los lazos más significativos de su vida profesional. Ahora, al escuchar las palabras de sus colegas y al ver el respeto y el cariño que le tenían, entendió que su trabajo había dejado una huella profunda.

A pesar del sentimiento de pérdida, Ricardo supo en ese momento que su esfuerzo había valido la pena. Se despidió de cada uno de sus compañeros, agradecido por las experiencias compartidas y por los vínculos que había formado. Cuando salió del hospital por última vez como médico, sintió una mezcla de alivio y de vacío. La vida que conocía estaba cambiando, y aunque la jubilación era una realidad que ahora debía enfrentar, sabía que, de algún modo, siempre llevaría consigo la esencia de su profesión.

- HAY HORAS -

Hay horas
que transitan el silencio
ocultando brisas
que cubren
razones del alma.
Hay destellos de mañanas
que corren por la aurora
en la espera de la noche
y cenizas nocturnales
que ahogan los colores.
Hay horas múltiples
talladas
en la aventura de los ojos
y otras que recitan
el lenguaje de las lluvias.
Hay horas
afinadas en la raíz
de los recuerdos
y pensamientos
que acumulan amapolas.
Hay horas detenidas
mirando en la ventana
que vuelven a nosotros

en el hombro de los sueños
y están aquellas
que nos llaman
son las nuevas, las que llegan
ceñidas de esperanzas
deshojadas de neblina.

Lo que Hacía en el Tiempo Libre

Con la llegada de la jubilación, Ricardo se encontró por primera vez en su vida con la posibilidad de disponer de su tiempo como deseaba. Los días, antes llenos de obligaciones y citas, ahora parecían estirarse, vacíos, y al principio, el cambio le resultó inquietante. No obstante, poco a poco comenzó a descubrir el valor de la tranquilidad y a dedicarse a actividades que había postergado durante mucho tiempo. La rutina diaria fue reemplazada por pequeños rituales que, aunque simples, lograban llenar sus horas y darle un sentido de propósito en esta nueva etapa de su vida.

Uno de sus mayores placeres era visitar a sus hermanas. La cercanía familiar siempre había sido una parte fundamental de la vida de Ricardo, y ahora, sin la presión del trabajo, podía compartir más tiempo con ellas. Estas visitas se convirtieron en momentos de remembranza, de charlas interminables sobre el pasado, y de risas compartidas por anécdotas que parecían cobrar una nueva vida en la memoria.

Sus hermanas representaban para él un vínculo con su historia, un recordatorio de los valores que habían sido la base de su vida, y el tiempo con ellas se sentía como un regreso a sus raíces, a la calidez de aquellos primeros años en Pampayasta.

Además de estas visitas, Ricardo retomó una de sus pasiones de juventud: el fútbol. Aunque su salud ya no le permitía jugar, disfrutaba de ir a la cancha a ver los partidos, a sentir la emoción de la hinchada y a compartir con otros aficionados la pasión por el deporte. Cada salida al estadio le devolvía un poco de la energía de su juventud y le recordaba la simplicidad de aquellos

Capítulo 10

días en los que, junto a sus amigos, soñaba con hazañas futbolísticas. La afición por el fútbol era algo que le había transmitido a sus hijos, y a menudo, uno de ellos lo acompañaba, compartiendo juntos esos momentos de alegría y emoción.

Sin embargo, con el tiempo libre también llegaron los efectos de la edad. Los problemas de salud que había enfrentado a lo largo de su vida comenzaron a incrementarse con la falta de actividad laboral. Las visitas al médico se hicieron más frecuentes, y su resistencia física, empezó a mostrar señales de desgaste. A pesar de ello, mantenía una actitud positiva, agradecido por los años que había vivido y decidido a disfrutar cada momento, a pesar de las limitaciones que aparecían poco a poco. Ricardo intentaba ver en cada día una oportunidad de hacer algo significativo, aunque fuera tan simple como leer un buen libro o conversar con su esposa.



Ricardo, su madrina Lucía con su hija Niní, su hermana Nãta y marido, su suegra y Poupée



Ricardo feliz arriba de su compañero fiel

Cómo Evolucionó su Familia

Mientras Ricardo exploraba su nueva rutina, la vida de su familia también experimentaba cambios. Su hija Dora decidió mudarse a Río Gallegos, en la provincia de Santa Cruz, donde encontró nuevas oportunidades laborales. La distancia entre ellos se hizo tangible, y Ricardo, quien siempre había tenido a sus hijos cerca, sintió una mezcla de orgullo y melancolía al verla partir. Sabía que esta decisión era importante para el crecimiento de su hija, pero al mismo tiempo, la distancia se le hacía difícil de aceptar. Comunicarse a esa distancia no era sencillo, y las llamadas telefónicas, que eran menos frecuentes de lo que él hubiera deseado, se convirtieron en momentos esperados con ansias, donde intentaban ponerse al día en apenas unos minutos.

Para Ricardo, cada conversación con Dora era un recordatorio de su esfuerzo como padre. Sabía que, a pesar de la distancia, ella llevaba consigo los valores y el amor que él y Poupée le habían inculcado. Dora le contaba sobre sus logros y sus desafíos, y aunque él deseaba poder estar más cerca para apoyarla, comprendía que su hija estaba forjando su propio camino.

Capítulo 10

La mudanza de Dora, a pesar de ser un desafío emocional, también le enseñó a Ricardo a confiar en la fortaleza y en la independencia de sus hijos, algo que siempre había deseado para ellos.

Mientras tanto, su hijo Ricardo, el Gringo, estaba tratando de abrirse camino en la profesión que lo apasionaba, esforzándose por construir una carrera que también le permitiera contribuir al bienestar familiar. Ricardo veía en el Gringo un reflejo de su propio sentido del deber, y se sentía orgulloso de la responsabilidad con la que su hijo asumía sus compromisos. El Gringo, a su vez, encontraba en su padre una fuente constante de inspiración, y a pesar de sus propias ocupaciones, siempre estaba pendiente de las necesidades de Ricardo, ofreciéndole ayuda cuando era necesario.

Luis, el menor de sus hijos, estaba dedicado a sus estudios universitarios. Ricardo siempre había sido un firme creyente en el poder de la educación, y ver a su hijo menor persiguiendo sus sueños académicos le llenaba de satisfacción. Sabía que la dedicación al estudio era un desafío, especialmente en un contexto económico difícil, pero también confiaba en que Luis lograría alcanzar sus metas. Ricardo lo alentaba en cada paso, transmitiéndole el mismo espíritu de perseverancia que había guiado su propia vida.

A medida que los días pasaban y Ricardo se acostumbraba a la jubilación, comenzó a notar que el crecimiento de sus hijos también le brindaba a él una nueva forma de orgullo y realización. Si bien ya no era el joven médico que enfrentaba las exigencias del hospital, ahora tenía la satisfacción de ver cómo su esfuerzo y sus enseñanzas florecían en la vida de cada uno de ellos. Poupée, siempre a su lado, compartía ese sentimiento, y juntos se dedicaban a mantener el contacto con sus hijos, a ser una presencia constante y amorosa, aunque la distancia física a veces se interpusiera.

Así, Ricardo aceptaba el paso del tiempo y se adaptaba a la nueva dinámica familiar. Su hogar, aunque en ocasiones silencioso y vacío, estaba lleno de recuerdos y de momentos compartidos. Poupée y él hallaban consuelo en el

Capítulo 10

conocimiento de que, aunque sus hijos seguían caminos distintos, todos estaban guiados por los valores y el amor que les habían inculcado.



Casamiento de su hija Dorita y Mario



Se reciben sus hijos Luis (izquierda) y Ricardo (Derecha)



Festejo de cumpleaños de Ricardo



Despidiendo a Dora en el aeropuerto

- AEROPUERTO - DORITA - 3/12/88 -

Detrás del cristal
mis ojos
y la cintura del tiempo
Las alas y tus horas
quebrando el silencio
se fueron
mariposas del aire

camino a otro puerto.
Tu juventud
con luz de horizontes
ansiaba el encuentro
de nuevas riberas.
Detrás del cristal
muy quedo en mis ojos
la pequeña de siempre
y tu verde mirada.

Sus Viajes

La jubilación le brindó a Ricardo algo que rara vez había tenido en su vida: la oportunidad de viajar sin las ataduras del trabajo. Aunque nunca había sido un hombre de grandes aventuras, la posibilidad de visitar otros lugares lo llenaba de entusiasmo, especialmente cuando los viajes significaban un reencuentro familiar. Sus primeros viajes fueron en su auto, un compañero fiel que lo llevaba por rutas y caminos hacia la casa de sus hijos o de sus hermanas. Conducir representaba para él una forma de libertad, y, al volante, disfrutaba del paisaje, de los pueblos que surgían a lo largo del trayecto y de la serenidad que brindaba el camino abierto.

El viaje a Río Gallegos para visitar a su hija Dora fue uno de los más significativos. Aunque la distancia era considerable y el trayecto largo, la emoción de ver nuevamente a su hija superaba cualquier incomodidad. Dora, consciente de la importancia de ese viaje, organizó una serie de actividades que incluyeron una visita al famoso Glaciar Perito Moreno, en el Calafate. Para Ricardo, aquel lugar representaba una maravilla indescriptible, una prueba de la inmensidad de la naturaleza. Ver el glaciar lo dejó maravillado, y aún años después recordaría la experiencia como una de las más impactantes de su vida. El viaje también lo llevó a cruzar a Chile, un país que conocía solo a través de relatos y del mapa, y que ahora podía explorar junto a su hija.

Este viaje fue uno de los momentos más felices de su jubilación, y cada recuerdo se transformó en una anécdota que compartía con orgullo entre

Capítulo 10

familiares y amigos. Sin embargo, a medida que su salud comenzó a deteriorarse, los viajes se volvieron más esporádicos. Poupée, siempre dispuesta a acompañarlo, notaba cómo cada viaje requería de más esfuerzo y planificación, y cómo Ricardo comenzaba a mostrar señales de agotamiento. Sin embargo, él insistía en que, si bien sus visitas a Río Gallegos se hacían menos frecuentes, su esposa debía continuar visitando a Dora para mantener esos lazos tan importantes en su familia. Para él, la conexión entre sus seres queridos era fundamental, y estaba dispuesto a hacer cualquier sacrificio para mantenerla viva.

En su último viaje, Ricardo enfermó al poco tiempo de regresar, una señal que interpretó como un límite impuesto por su propio cuerpo. Aunque aceptar este cambio le resultó difícil, comprendió que era momento de dejar que los recuerdos de sus viajes fueran suficientes para él. En sus conversaciones con Luis, quien lo cuidaba con dedicación en cada recaída, Ricardo agradecía haber tenido la oportunidad de vivir aquellos momentos con su familia. Para él, esos viajes habían sido más que simples desplazamientos; eran experiencias que habían fortalecido los lazos familiares y que, en su esencia, reflejaban el amor que sentía por cada uno de los suyos.



Ricardo y Luis de vacaciones por Punta Arenas



Ricardo y Luis de vacaciones por Calafate



Ricardo, Poupée y Luis de viaje

- GLACIAR - "Perito Moreno" -

Desde lo eterno
río
de frescas rosas blancas
bajando
por la luz
hacia un destino
de pradera cristalina.
Deslumbrante jardín
de hielo y fantasía
bajo
un cielo
hechizado de asombro.



La familia de viaje por el sur

Sus Nietos

Con el paso del tiempo, Ricardo descubrió un nuevo rol que le llenaba de alegría: el de abuelo. La llegada de sus nietos Cristian, Carla y Leandro, fue un regalo que iluminó sus últimos años. Ver a los hijos de sus propios hijos crecer le brindaba una alegría incomparable, y en cada sonrisa, en cada gesto y en cada palabra de los pequeños, encontraba un reflejo de la vida que había construido. Ser abuelo le permitía, de algún modo, vivir nuevamente la infancia a través de sus nietos, y aunque ya no tenía la energía de sus años jóvenes, encontraba en sus nietos una fuente constante de vitalidad y esperanza.

Ricardo aprovechaba cada momento para disfrutar de sus nietos, aunque fueran muy pequeños, durante los últimos años de su vida. En esos breves encuentros, buscaba compartir gestos llenos de ternura, como paseos tranquilos o anécdotas que evocaban su infancia en Pampayasta. Estas simples interacciones reflejaban su profundo amor y dejaban huellas imborrables en el corazón de su familia.

A pesar de su salud frágil, Ricardo encontraba fuerzas para estar presente y conectar con ellos.

Capítulo 10

Aunque los nietos no conservarían recuerdos claros de esos momentos, quienes lo rodeaban sabían que cada sonrisa y cada pequeño gesto eran testimonio de su inmenso cariño. Para él, estos instantes eran una manera de reafirmar los valores que había cultivado toda su vida, con la esperanza de que siguieran floreciendo en las futuras generaciones

Para Ricardo, los nietos también simbolizaban la continuación de su legado. Al verlos crecer, sentía que todo el esfuerzo y el sacrificio de su vida tenían un propósito mayor. Sabía que sus enseñanzas, transmitidas a sus hijos y ahora a sus nietos, eran un testimonio de la vida que él había elegido vivir. Sus nietos eran el reflejo de los valores que él tanto había defendido, y en cada mirada, en cada abrazo y en cada risa encontraba la satisfacción de saber que había cumplido su misión.

Aunque su salud iba disminuyendo con el paso del tiempo, cada encuentro con sus nietos le devolvía una chispa de vida. Ellos, en su inocencia y energía, representaban la esperanza y el amor incondicional que había guiado su vida. Incluso en sus momentos más difíciles, los recuerdos de sus nietos lograban animarlo, llenando su corazón de paz y de una profunda gratitud por la familia que había construido. Para Ricardo, ser abuelo era más que un título: era una oportunidad de disfrutar de un amor sin condiciones, una conexión que iba más allá de las palabras y que perduraría más allá de su propia existencia.



Ricardo y Poupée con su hija Dorita y sus nietos Cristian y Carla



Ricardo con sus nietos Cristian, Carla y Leandro

- CRISTIAN H. R. -

En este Abril de oro
toda la luz de la primavera
y es un corazón blanco
esta pequeñez
de alba y rosa,
ese mundo diminuto
llegado
desde el encanto
para aprisionar besos
e invadir
los extendidos brazos
como
un suave viento musical
hecho de pétalos y
fantasías.

- CARLA FLORENCIA -

Julio
se vistió de primavera
para ser, Tú,
la pequeña flor
en el jardín de los
ensueños.
Y te vuelves
dulce espejo del aire,
puerto, para abrigar
la ansiedad de todos los
besos
bajo un cielo de ternuras.

- LEANDRO EMANUEL -

Desde el sitio donde habitan
el ángel y la estrella
descendió tu voz
para ser primavera
en este claro cantar
de la ternura.
La luz de tu mirada
está más alta
que todos los sueños.
Nada es superior
al inmenso poder
de tu vida diminuta,
donde eres
pétalo más pétalo,
flor bellamente destinada
a iluminar el encuentro
del alba con los besos.

Capítulo 11: Los Últimos Años

Los últimos años de Ricardo fueron un lento y difícil proceso de adaptación. Aunque su espíritu siempre había sido fuerte, su salud comenzó a deteriorarse de manera progresiva, llevándolo a un estado de vulnerabilidad que nunca había experimentado. Cada vez pasaba más tiempo internado, y las visitas al hospital se volvieron parte de su rutina, hasta que finalmente el hospital se convirtió casi en su hogar. En el último año, Ricardo pasó más tiempo entre las paredes blancas y silenciosas del hospital que en su propia casa, un hecho que lo entristecía profundamente, pero que aceptaba con dignidad.

Poupée, quien había estado a su lado en cada momento de su vida, se convirtió en su apoyo fundamental durante estos días. A pesar del dolor y de la preocupación que la situación generaba, ella mantenía la calma y la fortaleza, ayudándolo a sobrellevar cada día con el cariño y la paciencia que la caracterizaban. Sus hijos varones y Zulma, su mejor amiga, también estaba presente en esos momentos difíciles. Juntos, compartían el peso de la situación, alternándose en los cuidados y buscando maneras de hacerlo sentir cómodo y acompañado. Sabían que cada minuto junto a él era valioso, y cada visita estaba llena de palabras de aliento, de historias del pasado y de silencios compartidos.

Ricardo, aunque consciente de su condición, intentaba mantenerse optimista. En uno de esos últimos momentos, expresó a Poupée un pensamiento que revelaba su serenidad y aceptación: "He vivido una vida plena", le dijo, con una calma que ella nunca olvidaría. Sus palabras, llenas de paz y resignación, aliviaron en parte el dolor que Poupée sentía, pues entendía que Ricardo estaba en paz consigo mismo y con la vida que había construido. A través de sus palabras, transmitía el mensaje de que, aunque el final se acercaba, él no temía, sino que se encontraba preparado, en paz con su historia y con quienes lo rodeaban.

Su Muerte

La última internación de Ricardo fue distinta de las anteriores. Poupée y sus hijos percibían que esta vez el desenlace era inevitable, y la sensación de despedida llenaba cada rincón de la habitación. Dora, quien estaba en su casa en Río Gallegos, recibió un mensaje urgente de la familia. El tono en el que le hablaron no dejó dudas: debía viajar cuanto antes. Aunque se apresuró a organizar su regreso, no logró llegar a tiempo para ver a su padre con vida. Este hecho llenó su corazón de tristeza, pero también encontró consuelo al saber que, hasta el final, él estuvo rodeado de amor y cuidado.

En esos momentos, Zulma, quien lo visitaba con frecuencia, recuerda cómo él le tomaba las manos en busca de consuelo, como pidiéndole ayuda. Ella, sin saber qué hacer, lo abrazaba y le decía palabras de aliento, y Ricardo, con una leve sonrisa, aseguraba que se sentía mejor. Poupée, su fiel compañera, lo miraba desde la distancia, con los ojos llenos de lágrimas que intentaba ocultar, sabiendo que su fortaleza era crucial para sostenerlo hasta el final.

Ricardo falleció en el hospital, rodeado de la presencia silenciosa y amorosa de sus seres queridos, el 26 de julio de 1998, a los 75 años. El ambiente era sereno, marcado por el dolor, pero también por la gratitud de haber compartido sus vidas con él. Era un día de calma, como si incluso la naturaleza se hubiera detenido en señal de respeto, y la paz que tanto había buscado finalmente le llegó. La fecha exacta, aquel día del año, quedó grabada en la memoria de su familia como un momento solemne, un instante en el que el tiempo parecía detenerse.

Quienes estuvieron con él en sus últimos instantes se despidieron en silencio, sin palabras grandilocuentes, pues sabían que Ricardo siempre había preferido la sencillez y la autenticidad. El dolor se mezclaba con el alivio de saber que, al fin, su cuerpo descansaba. Luis y el Gringo, sus hijos, también presentes, sintieron la pérdida de su padre en lo profundo de sus corazones, entendiendo que la vida, aunque implacable en sus despedidas, les había dado el privilegio de una última mirada, una última sonrisa.

El paso de Ricardo dejó una marca en cada uno de ellos, un legado intangible que perduraría en sus vidas y en sus recuerdos.

El Manejo de sus Restos

El adiós a Ricardo fue tan solemne y respetuoso como lo había sido su vida. Aunque él siempre había expresado su deseo de ser cremado, el proceso no fue inmediato. La familia, a pesar de su tristeza, respetó el protocolo de un velorio tradicional para permitir que todos sus seres queridos y amigos tuvieran la oportunidad de despedirse. Ricardo había sido una figura respetada y querida, y su velorio se convirtió en un lugar de encuentro y de recuerdo, donde cada persona compartía alguna anécdota o recordaba algún gesto de bondad de su parte. La sala se llenaba de un silencio profundo, interrumpido solo por las palabras amables de quienes lo recordaban con afecto.

Dora, quien estaba profundamente afectada por la pérdida de su padre, recibió la noticia mientras estaba en Río Gallegos a la espera de tomar un vuelo, no logró llegar antes del fallecimiento, lo que llenó su corazón de tristeza. Sin embargo, pudo asistir al velorio, donde al ver a su padre por última vez sintió una mezcla de pesar y consuelo. Aunque doloroso, ese momento le permitió despedirse y recordar con gratitud el amor y los valores que él le había transmitido.

Después del velorio, la familia tuvo que esperar un tiempo antes de cumplir con el último deseo de Ricardo: la cremación. Este lapso, aunque prolongaba el duelo, también dio a la familia la oportunidad de procesar la pérdida y de encontrar consuelo en los recuerdos compartidos. Cuando finalmente pudieron cumplir con la cremación, sintieron que, de algún modo, honraban la voluntad de Ricardo y le brindaban el adiós que él había pedido.

El día en que esparcieron sus cenizas fue íntimo y simbólico. La familia, en un acto lleno de respeto y amor, llevó parte de las cenizas a Pampayasta, ese lugar tan especial y amado por él, un espacio que representaba la conexión de Ricardo con la naturaleza y con sus recuerdos de una vida plena.

y significativa. Otra parte fue llevada a los árboles en la entrada de la cancha de Instituto, ya que no permitieron esparcirlas dentro del estadio. En ambos sitios, en momentos de silencio profundo, sus hijos y su esposa se despidieron una vez más, conscientes de que Ricardo seguiría presente en cada rincón de sus memorias y en cada gesto que habían aprendido de él.

Cómo Vieron sus Hijos esos Últimos Años

Los últimos años de Ricardo fueron una etapa de aprendizaje y reflexión, no solo para él, sino también para sus hijos, quienes experimentaron de cerca la fragilidad y la fortaleza de su padre en esos momentos difíciles. Para el Gringo, el tiempo compartido con su padre en el último año fue especialmente significativo. Durante una visita, encontró un pequeño papel entre las cosas de Ricardo. Al leerlo, se dio cuenta de que contenía una lista de deseos y reflexiones que su padre había escrito para él mismo. Aquella nota, simple pero profunda, le reveló la humanidad de Ricardo y la humildad con la que enfrentaba la vida. En ese instante, El Gringo comprendió que, aunque su padre siempre había sido una figura fuerte y protectora, también tenía sueños, dudas y esperanzas.

La conclusión a la que llegó el Gringo fue que su padre había vivido según sus propios principios, enfrentando cada obstáculo con dignidad y sin quejas. Este descubrimiento le dejó una enseñanza profunda: la importancia de vivir con integridad, de amar sin condiciones y de enfrentar cada día con valentía, incluso cuando el camino se volvía difícil. Aquella nota, sencilla pero reveladora, se convirtió en un recuerdo invaluable, una guía que el Gringo llevaría consigo durante el resto de su vida.

Dora, quien había estado de vacaciones en el último mes de vida de Ricardo, tuvo un presentimiento inexplicable de que algo estaba por suceder. La intuición, aquella sensación indefinida que muchas veces no se puede explicar, la llevó a expresar en palabras a su padre todo su amor y agradecimiento. Aunque en ese momento no imaginaba que sería la última vez que podría comunicarse con él, esa conversación, que Dora recordaría como una especie de despedida, le permitió encontrar consuelo en el hecho de haberle expresado todo lo que sentía.

Capítulo 11

Luis, por su parte, fue quien percibió con mayor claridad que la salud de Ricardo se deterioraba de manera irreversible. Con la serenidad que le caracterizaba, observó cada cambio, cada signo de debilidad que aparecía en su padre, y aunque el dolor de la pérdida se le hacía evidente, se preparó mentalmente para el momento final. Su experiencia en el cuidado de Ricardo le permitió fortalecer su propia visión de la vida y entender la importancia de estar presente para sus seres queridos en los momentos más difíciles. La partida de su padre, aunque dolorosa, le enseñó a valorar cada instante compartido y a comprender el papel de la familia en las horas más sombrías.

Ignacio Sabaini, su ahijado, otro miembro cercano de la familia, también vivió de cerca esos últimos años. Las visitas se volvieron más frecuentes, y en cada una de ellas encontraba a Ricardo un poco más débil, pero siempre con el mismo espíritu amable y acogedor que lo había caracterizado toda su vida. Estas visitas, llenas de afecto y de silencios cómplices, le permitieron ver en Ricardo a un hombre que, a pesar de las dificultades, mantenía su dignidad y su calma. La fortaleza de Ricardo le dejó una huella imborrable, enseñándole a valorar cada momento y a enfrentar la vida con serenidad. Ignacio, además, guarda un recuerdo especial vinculado a Instituto. Con un metegol viejo que tiene en su casa, planea pintarlo como si fuera un estadio, con tribunas dedicadas a Talleres, Belgrano e Instituto. Cada sector tendrá un nombre, y el pedacito de Instituto se llamará Ricardo Maglione, porque para él, Ricardo era Instituto, o Instituto era Ricardo.

En conjunto, esos últimos años marcaron a cada uno de los hijos de Ricardo de una forma única, cada uno llevando consigo una lección y un recuerdo diferente. Para ellos, la pérdida de su padre fue también el inicio de una nueva etapa, un punto de inflexión en el que el legado de Ricardo se transformaba en una guía y en una inspiración. Su vida, aunque terminada, continuaría a través de ellos, en sus decisiones, en sus valores y en el amor que compartían, un amor que él había sembrado y que, como una herencia invisible, perduraría en sus corazones.



Ricardo, Poupée, Dora, Ricardito y Luis

Capítulo 12

- ÉL SABÍA -

Él sabía
que la luz
era un instante
robado a los abismos
y que se elevaba
quemando sombras
para que las flores
aumentaran sus curvas
y el aroma
tuviera más color.
Sabía
que el tiempo
era cristal,
que las huellas
se estiraban
para dibujar
paisajes nuevos
y que la raíz
del silencio
florecía en voces.
Pero... ¿Sabría acaso
cuando
se disgregaría el viento
y encontraría
las manos?...

Capítulo 12: Ricardo en el recuerdo

"Ricardo era de esas personas irrepetibles que se cruzan en la vida como un rayo de luz en la tormenta, un alma sencilla y trabajadora que irradiaba bondad y honradez. Su familia y quienes lo conocieron no pueden sino recordarlo como alguien que, incluso en las horas más adversas, mantenía intacta la nobleza de su corazón. Aún hoy, tras dos décadas de su partida, su memoria sigue viva, flotando en los pensamientos de quienes lo amaron, como un faro de ternura y orgullo. Ricardo dejó, con su ejemplo, un legado que perdura, un recordatorio de cómo se puede vivir sin perder la esencia, de cómo ser uno mismo y hacer de cada día una lección para los demás.

Deseo que, al leer esta biografía, quienes se acerquen a estas páginas se encuentren con un reflejo, un eco que les invite a detenerse y pensar en sus propias vidas, en lo que han hecho y en lo que desean dejar como huella en el mundo. Ricardo nos demuestra que no hacen falta grandes hazañas ni gestos heroicos para marcar la historia. A veces, basta con un corazón sincero y unas palabras verdaderas para tocar a alguien profundamente, de tal modo que nuestra esencia quede grabada en la memoria de los demás, preservada y valorada mucho después de que hayamos partido."



- FUI CAMINANTE -

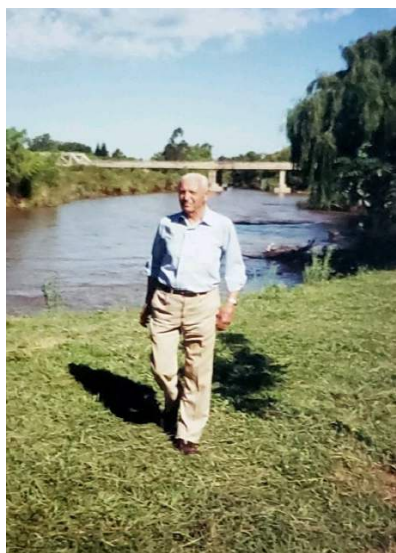
Fui caminante de nieblas
y eco de rescatadas
cicatrices

Despegué estrellas
y apreté manos
y sed de primaveras.

Recorrí el ardor
de los cerebros,
fui plenitud en la soledad
de las distancias
y toqué la frialdad
de los abismos.

¡Emoción y suma
de latidos transitados..!

"El final
solo será la imagen
de un vago recuerdo en flor
y los silencios."



*"Voy buscando
y estoy conmigo
en la demanda del lucero,
en el espejo de la luna,
en la profundidad
del alma en los balcones
esperando
la llegada del instante."*

—Ricardo Maglione

Ricardo José Maglione fue un hombre sencillo, un caminante del alma. Vivió sin estridencias, pero su paso dejó una huella profunda en quienes lo rodearon.

Su vida estuvo tejida de ternura, humildad y un amor incondicional por los suyos. En el silencio de la introspección encontró palabras, y en la poesía, un refugio donde su mundo interior cobraba voz.

Este libro reconstruye su historia y su obra: la de un hombre que, aun con un solo pulmón, supo respirar hondo y escribir con el alma. En sus versos laten la memoria de los afectos, el amor por la tierra y la búsqueda constante de lo esencial.